

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 157 *Editorial*

MAYO-JUNIO DE 2012



Obras reunidas

Eugenio Ímaz

El retiro imposible
Eugenio Ímaz, 1900-1951
Andrés Lira

Filosofía de hoy
Eugenio Ímaz

Balada cruel
de Eugenio Ímaz
Max Aub

Sobre Eugenio Ímaz
Alfonso Reyes

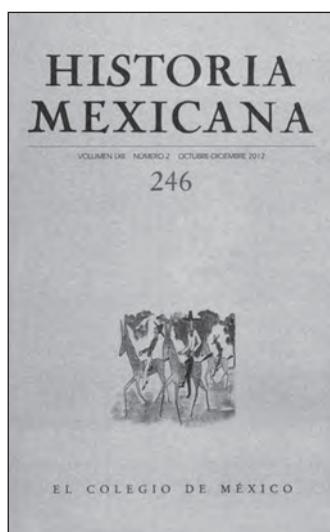
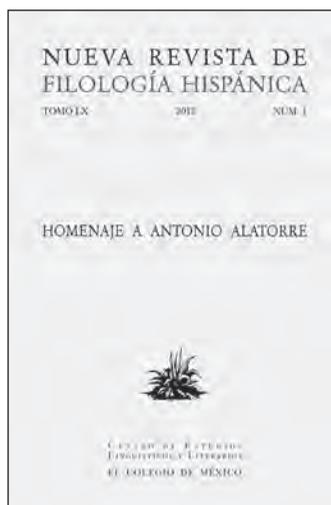
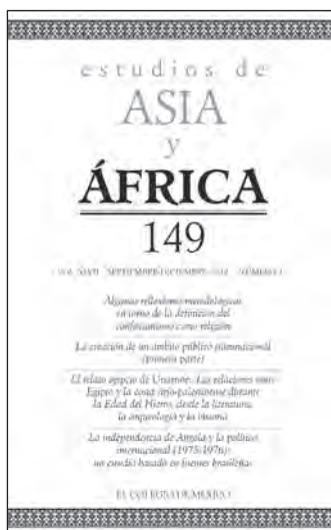
Eugenio Ímaz, Obra
José Gaos

Memoria de Eugenio Ímaz
Mariano Picón-Salas

¿Eugenio Ímaz, petición
y rendición de cuentas?
José Miranda

Eugenio Ímaz: Asedio
al conocimiento
José María Ímaz

PUBLICACIONES PERIÓDICAS



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.

Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx



Í N D I C E

Obras reunidas
■ *Eugenio Ímaz* ■ 2

El retiro imposible
Eugenio Ímaz, 1900-1951
■ *Andrés Lira* ■ 4

Filosofía de hoy
■ *Eugenio Ímaz* ■ 10

Balada cruel de Eugenio Ímaz
■ *Max Aub* ■ 15

Sobre Eugenio Ímaz
■ *Alfonso Reyes* ■ 17

Eugenio Ímaz, Obra
■ *José Gaos* ■ 19

Memoria de Eugenio Ímaz
■ *Mariano Picón-Salas* ■ 26

¿Eugenio Ímaz, petición y rendición de cuentas?
■ *José Miranda* ■ 28

Eugenio Ímaz: Asedio al conocimiento
■ *José María Ímaz* ■ 31

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Tel. 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCÍADIEGO DANTAN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* ALVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinadora de producción* PAOLA MORÁN LEYVA ■ *Editor* JUAN PUIG ■ *Coordinador de diseño* PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinadora de promoción y ventas* NINEL SALCEDO ROMERO

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 157 MAYO-JUNIO DE 2012

Impresión: Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

Formación y diseño de portada: EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO

ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.

Obras reunidas

El Colegio de México se ha dado a la tarea de publicar una nueva colección, completa y exhaustiva –hasta donde algo así es posible– de la obra original de Eugenio Ímaz Echeverría (1900-1951). El ilustre filósofo, trasterrado entre nosotros, profesor en El Colegio y enorme traductor, dejó una plétora de textos de la mayor calidad dispersos en publicaciones disímolas, en su natal País Vasco, en Madrid, en México, en Caracas y aun en otras latitudes. A la labor acuciosa de José Ángel Ascunce, con Iñaki Adúriz, en la Universidad de Deusto (en Bilbao y San Sebastián), se debe mucho de esta recuperación. Otro tanto ha logrado el equipo de El Colegio. El resultado es excelente: Eugenio Ímaz era un pensador de muy altos vuelos, de intereses amplios y variados, y un escritor elegante, certero y jovialísimo. Los lectores de su obra aprenderán disfrutando. Hace mucho, muchísimo, se necesitaba, se ansiaba contar, en una edición cuidada –con entrañable afecto–, con los textos señeros que Ímaz entregó a sus contemporáneos y legó a la posteridad. El primer tomo, de dos que contendrá la edición, circula hace poco tiempo. El segundo está a punto de salir. Vaya el índice del primero como dorado botón de muestra.

La Redacción

ÍNDICE		8	OBRAS DE EUGENIO ÍMAZ. TOMO I: ENSAYOS Y NOTAS
TOMO I: ENSAYOS Y NOTAS			
Nota previa	11	II. <i>TOPÍA Y UTOPIA</i>	
Presentación: Eugenio Ímaz, el Sócrates del exilio.		Advertencia	195
Breve semblanza biográfica, Javier Garcíadiego	13	1. Discurso <i>in partibus</i> (a modo de prólogo)	197
I. PRIMEROS ESCRITOS		2. En busca de nuestro tiempo [1940]	203
<i>Cruz y Raya</i>		3. Platón, loco de amor	215
1. Concepto de lo político	49	4. De <i>Monarquía</i>	222
2. La unión de los jóvenes	54	5. Topía y utopía	228
3. Socialismo desbaratado	58	6. La cólera de Descartes	254
4. A Dios por razón de Estado	68	7. <i>Leviatán</i>	261
5. Corporativismo y caudillaje	82	8. Introducción a Vico	269
6. Domando la tarasca, o el socialismo de cabeza	94	9. Filósofos y moralistas	276
7. La quimera del oro	109	10. Kant: filosofía y quiliasmo	281
8. Esa hora que está entre la paz y la guerra	114	11. El sentido histórico (ideas solapadas):	
9. Se descubre un nuevo "ismo"	122	La época de Constantino el Grande	292
10. La decisión de Donoso	130	La Edad Media	294
11. La fe por la palabra	137	Historia de los papas	295
<i>Diablo Mundo</i>		La Ilustración y el sentido histórico	296
1. La nueva Constitución austríaca	145	Vida del pueblo norteamericano	300
2. El Día del Trabajo alemán	147	12. <i>Ecce homo</i>	302
3. Los puntos sobre las íes	150	13. Miguel de Unamuno	305
4. Escaparate	152	14. Grito a mí mismo	311
5. Un breviarío épico nazi	154	15. Delirio español	326
6. 8 193 millones debe Europa a los Estados Unidos	160	16. [<i>Cuadernos Americanos</i>] Palabras de aniversario (a modo de epílogo)	332
Revista de Occidente		III. <i>LUZ EN LA CAVERNA</i>	
1. Introducción a [Othmar Spann] <i>Filosofía de la sociedad</i>	165	1. Una introducción a la filosofía (Luz en la caverna)	339
2. Introducción a [Georg Simmel] <i>Cultura femenina y otros ensayos</i>	167	2. Tiempo de hablar	345
3. Nota preliminar y prólogo de [Adam Müller] <i>Elementos de política</i>	172	3. Conquista de la libertad	349
4. Presentación de [Jacob Burckhardt] <i>Historia de la cultura griega</i>	177	4. [H.G. Wells] <i>El destino del Homo sapiens</i>	353
5. En busca de nuestro tiempo [1936]	179	5. [Ralph Linton] <i>Estudio del hombre</i>	357
7		6. Max Weber	363
		7. Historia, y lo demás son cuentos	369
		8. Oxford nos envía un filósofo	385
		9. El Orinoco ilustrado	390
		10. Heidegger y el humanismo	395
		11. Alocución dispersa	401
		12. Dos cometas de postguerra: Spengler y Toynbee	405
		13. <i>Enrique V</i> y otras historias	410



Eugenio Ímaz trabajando

ÍNDICE	9	10	OBRAS DE EUGENIO ÍMAZ. TOMO I: ENSAYOS Y NOTAS
14. Los vascos y el diablo	414	15. Invitación a filosofar	595
15. Albert Schweitzer: el hombre del siglo	418	16. Réplica a Spengler	599
16. De poeta y de loco	423	17. [José Medina Echavarría] <i>Sociología: teoría y técnica</i>	604
17. [Martín Buber] <i>¿Qué es el hombre?</i> [1948]	428	18. Un libro de Wells	610
18. La luna en el río	434	19. [Johan Huizinga] <i>Homo ludens: el juego y la cultura</i>	613
19. Discurso a Rómulo Gallegos	442	20. Números cantan, o de la prosopopeya a la etopeya	618
20. Significado y alcance de la actitud científica	445	21. Cassirer y la ontofobia	624
21. Prólogo a la <i>Lógica</i> de Dewey	451	22. De filósofo a filósofo: Whitehead y Dewey	627
22. [Pascual Jordan] <i>La física del siglo XX</i> [1]	479	23. Cuatro libros del <i>Noticiero</i> :	
23. España y la cultura	485	[Robin G. Collingwood] <i>Idea de la naturaleza</i> [1]	630
24. Filosofía de hoy	491	[Angélica Mendoza] <i>Fuentes del pensamiento norteamericano</i>	631
25. Angeología y humanismo	498	[Luis Villoro] <i>Filosofía del indigenismo</i>	632
26. Retintín y entrelínea	510	La <i>lógica revolucionaria</i> de Dewey	633
27. Cristalizaron los sueños	518	24. [John Dewey] <i>La busca de la certeza</i>	635
28. Libros y autores:		25. [Arnold Zweig] <i>El pensamiento vivo de Espinosa</i>	648
[Wilhelm Szilasi] <i>¿Qué es la ciencia?</i>	525	26. Vasco de Quiroga	652
[Pascual Jordan] <i>La física del siglo XX</i> [2]	526	27. [Felix Kaufmann] <i>Metodología de las ciencias sociales</i>	658
[Viktor E. Frankl] <i>Psicoanálisis y existencialismo</i>	527	28. [Martín Buber] <i>¿Qué es el hombre?</i> [1949]	659
[Edgar F. Carritt] <i>Introducción a la estética</i>	529	29. El océano de la memoria	661
[Johannes Pfeiffer] <i>La poesía</i>	530	30. [Robin G. Collingwood] <i>Idea de la naturaleza</i> [2]	662
[Ernst Troeltsch] <i>El protestantismo y el mundo moderno</i>	532		
29. ¡Pobre traductor!	534		
		V. ENTREVISTAS	
IV. PÁGINAS ADICIONALES		1. <i>Utopía y utopía</i> del profesor Ímaz	669
1. Dos libros de María Zambrano	539	2. Un diálogo sobre el hombre	675
2. Pensamiento desterrado	542		
3. Entre dos guerras	547	ÍNDICE ONOMÁSTICO	679
4. Homenaje a Luis Vives de <i>Educación y Cultura</i>	554		
5. A la luz de la guerra relámpago (1)	556		
6. Justo Sierra: <i>Evolución política del pueblo mexicano</i>	559		
7. Beroldo, Bertoldino y Cacaseno	563		
8. A la luz de la guerra relámpago (2)	564		
9. El indígena, factor de progreso	569		
10. La voz de su amo (1)	572		
11. La Conferencia de La Habana	574		
12. Historia de un crimen: 1820-1823	580		
13. La voz de su amo (2)	582		
14. Venezuela, portaestandarte	583		

El retiro imposible *Eugenio Ímaz, 1900-1951**

Cuando realizaba mis estudios de historia en El Colegio de México –cuyo origen fue precisamente La Casa de España–, entré en contacto con la obra de Eugenio Ímaz, la cual no he seguido sistemáticamente como lo desearía, pero no he perdido de vista. Durante el curso de Teoría y Método de la Historia que en el segundo semestre de 1965 impartía José Miranda –otro republicano–, debía exponer la *Introducción a las ciencias del espíritu de Wilhelm Dilthey*, primer tomo de las obras de ese “coloso del pensamiento”, de acuerdo con el orden que su traductor, Eugenio Ímaz, había dispuesto para la edición. Libro difícil, sobre todo tomando en cuenta el poco tiempo del que disponía para leer tan complicado volumen. Pero lo cierto es que en aquella apurada y apasionante lectura no sabía qué era más fascinante: la obra misma del filósofo alemán o la forma en que la dispuso, prologó y anotó el traductor, quien al tiempo que encaraba la versión española escribía obras verdaderamente originales, como su *Asedio a Dilthey: un ensayo de interpretación* (1945) y el *Pensamiento de Dilthey. Evolución y sistema* (1946), llevado de un ánimo –verdadera ansiedad– que contagiaba al lector. Mediante el análisis de la obra del filósofo alemán, Ímaz entraba de

lleno en la posibilidad del conocimiento histórico, posibilidad que implica la conciencia de sus límites. Dilthey había intentado construir una “crítica de la razón histórica”, es decir, fundamentar en su propia elaboración las “ciencias del espíritu”, como llamó a las ciencias que se ocupan del hombre; con magistral trazo recorrió la historia del conocimiento y advirtió los intentos que desde la antigüedad hasta sus días habían sido emprendidos para asimilar el conocimiento de la cultura, de la sociedad, de la historia en suma, a alguna versión filosófica y científica en boga, desde la metafísica hasta las ciencias físicas y biológicas de sus días, intentos que, pese a tener apariencias de éxito, habían resultado fallidos (Dilthey nació en 1833 y murió en 1911, así que le tocó ver el auge de la metafísica hegeliana, de la sociología y de la historia evolucionistas, fincadas en los modelos de la física y la biología).

El hombre es histórico y a la historia solo se llega elucidando la experiencia por la experiencia misma; ésta se realiza en el individuo como vivencia, es decir, como lo vivido y asimilado que se hace consciente en relación con el mundo; solo así se *comprende*, que es lo que hay que hacer con el hombre, no *explicarlo* como hecho externo. Pero ocurre que la vivencia al hacerse consciente se modifica, se revive, nos lleva a comprender desde el presente el pasado, al hacerlo modificamos nuestro presente y desde ese presente modificado nos exigimos nuevas visiones del pasado; hay un diálogo inagotable que nos lleva a hurgar en la experiencia que nos dejan ver los tes-

* Texto leído por el doctor Andrés Lira, a la sazón presidente de El Colegio de México, en la ceremonia de su ingreso como Amigo de Número en la Sociedad Bascongada de los Amigos del País en México, S.C., el 19-IX-2002. Apareció originalmente en *Los Universitarios*, nueva época, núm. 26, 26-IX-2002, pp. 18-23.



Eugenio Ímaz joven

timonios del pasado reviviéndolos con nuestra experiencia, pero esa experiencia del conocimiento se revitaliza y exige nuevas aproximaciones; el pasado no está ahí, está en la posibilidad de ir conociéndolo con la capacidad que nos da nuestra vivencia, que se echa a andar como revivencia a medida que la hacemos consciente. Aquello de que “el hombre no tiene naturaleza sino historia”, que tan bien enseñó Ortega, tenía un fundamento en la nebulosa diltheyana, como vino a hacerse patente con la versión de las obras de Dilthey al español –por más que Ortega ya había hecho su exposición del filósofo alemán. Como quiera que sea, esa sensación del reposo imposible entregada por el gran traductor y prologuista de Dilthey que fue Ímaz se haría clara en sus ensayos, notas y textos de ocasión.

En México, Ímaz llegó al Fondo de Cultura Económica para emprender y realizar en gran parte la colosal labor de darnos un Dilthey en castellano. Trataré de seguir su trayecto intelectual valiéndome de la biografía que bajo el título de *Topías y utopías de Eugenio Ímaz. Historia de un exilio* escribió José Ángel Ascunce, así como de los textos anteriores al exilio publicados por Ímaz en España entre 1933 y 1936, y recuperados y dispuestos por el mismo Ascunce en el libro *La fe por la palabra*.

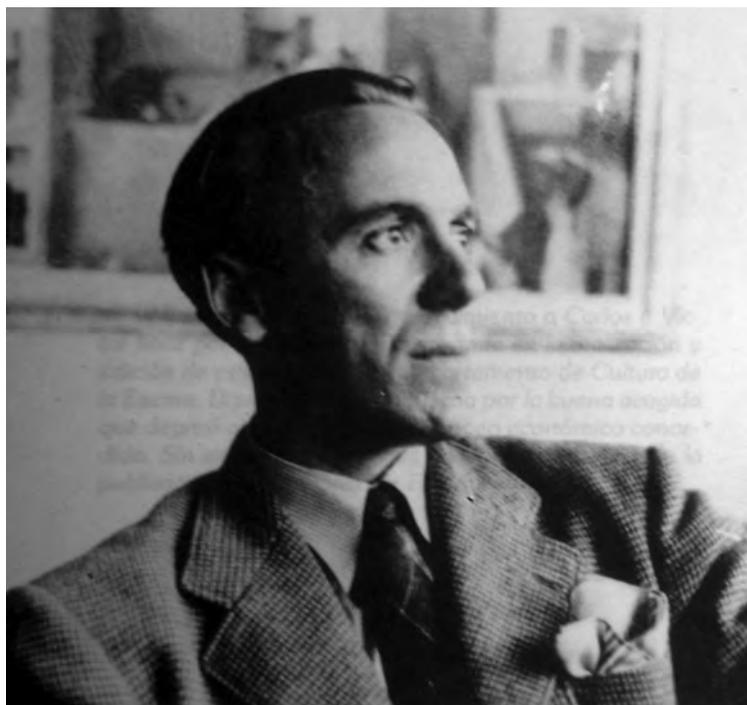
Eugenio Ímaz nació el 14 de junio de 1900 en San Sebastián. Su padre había nacido en el seno de una familia recién establecida en la ciudad guipuzcoana; la madre provenía directamente de un caserío cercano, desde donde acudía al mercado donostiarra de La Brecha a vender los productos del campo. La raíz aldeana era evidente, y “el dulce país vasco”, con su paisaje e idioma, estuvo presente en los recuerdos de aquel vástago de numerosa familia. Eugenio Ímaz ganó lugar en las lides urbanas y letradas, un lugar que le hizo merecer becas en la escuela municipal de su ciudad natal, en la del Sacré-Coeur y, ya en la adolescencia y primera juventud, en la Universidad Central de Madrid, adonde fue a estudiar derecho como becario del Ayuntamiento de su ciudad natal, entre 1917 y 1919. Culminó sus estudios en 1922 con brillantes calificaciones, aunque no sin tropiezos debido a que surgieron en él inquietudes filosóficas que alteraron sus merecimientos académicos en la carrera de derecho. En efecto, entre 1919 y 1921 estuvo en Lovaina, donde se dedicó al estudio de la filosofía, y fue tal el interés por esta dispersante e inquietante disciplina, que sufrió la primera crisis; crisis que superó gracias al apoyo de sus paisanos y amigos entrañables, Xabier Zubiri y Juan Zaragüeta Bengoechea (sacerdotes filósofos o filósofos sacerdotes), quienes intercedieron por él con éxito ante el Ayuntamiento de San Sebastián para que la beca no se suspendiera e Ímaz pudiera concluir sus estudios de derecho.

Sin embargo, no sería este el campo que cultivaría; la filosofía lo había llamado y ganó la beca para estudiar y adentrarse en el pensamiento alemán, universal, de sus días. Pasó en Alemania siete años, de 1924 a 1932, de donde –según se colige– hizo algún viaje a Inglaterra. Ciertamente o no, la realidad es que poseyó con propiedad indiscutible, además de su lengua materna, el vasco, el alemán, el inglés, el francés y el italiano; idiomas y literaturas que se le daban sobre el cimiento de sus estudios de latín y griego, y los del bachillerato y jurisprudencia españoles, y que su inquietud se encargaría de poner en juego a lo largo de su vida de estudioso y traductor de la filosofía, la cultura y la historia europeas. Las señas de esa amplitud de conocimientos son ya evidentes en sus primeros escritos, que han llegado a nosotros a través de las revistas *Cruz y Raya* y *Diablo mundo*, recogidos, como he señalado, por José Ángel Ascunce en el libro *La fe por la palabra*.

Eugenio Ímaz se hallaba de regreso en España en 1932, donde destacó como traductor de la editorial Revista de Occidente y como editor y colaborador de la revista *Cruz y Raya*, publicada entre 1933 y 1936. En sus trabajos, bajo la forma de ensayo interpretativo, domina la búsqueda de su tiempo, centrándolo en lo que ocurría en Alemania. La proximidad a este país se explica por el lugar que ocupaba en su vida cotidiana (casó con alemana, Hilde Jahnke) y en la vida universitaria por el despegue industrial y político que justo en esos años intentaba, con éxito preocupante, para superar las limitaciones impuestas en el Tratado de Versalles y en el embargo a Alemania, culpable de la guerra, según los triunfadores, cuya república liberal y social, la de Weimar, se desintegró en el juego de una democracia multipartidista y fue arrasada, la primavera de 1933, por el nacional-socialismo, cuyo avance siguió Ímaz, preocupado, desde los artículos de *Cruz y Raya*. Hechos de la organización política, éxitos de la propaganda, arreglos y desarreglos en el panorama internacional son seguidos por Ímaz desde una España cuyo régimen republicano en construcción daba señas de sufrir complicaciones amenazantes. Ver a España a través del entorno de la política internacional y de la cultura de su tiempo es un propósito evidente en esos artículos.

Está latente en estos trabajos la preocupación del filósofo de la historia que hallaremos en plenitud en México, cuando desprendido de su comunidad original se afanó en la traducción y en la enseñanza para consumir en estas actividades la energía que en su país dedicaba a las “actualidades políticas”; sin embargo, no dejó de ocuparse de la política como elucidación del destino del hombre a través de la historia.

En este sentido podemos decir que Eugenio Ímaz intensificó aquí la preocupación personal que mostró en aquellos artículos: la religión en la encrucijada de los tiempos modernos y la filosofía como orientación ante la evidencia de la pérdida de la unidad religiosa que consumió a Europa y al mundo europeo. Notable es, en este sentido, el artículo aparecido en *Cruz y Raya* en diciembre de 1933, titulado “A Dios por razón de Estado”, en el que de inicio recurre a las palabras de Lutero en la dieta de Worms (1521); así presenta a un Lutero cuya conciencia se hallaba “prisionera de la palabra de Dios”, que no pudo ni



Eugenio Ímaz en México

quiso retractarse, y que afirmó el levantamiento de la nación alemana contra Roma. Ímaz hace un seguimiento de lo ocurrido en Alemania, donde el esfuerzo teológico era patente (indudablemente, por más que no lo menciona, tenía ya la evidencia de Dilthey, y su gran interpretación filosófica de la cultura alemana): diversas confesiones protestantes y, señaladamente, la católica, buscaban la palabra de Dios para llegar al espectáculo de sus días; un Führer predicador —más bien gritador— de la unidad alemana, preludiado y secundado por corifeos del “cristianismo germano”, argüido como contrario a lo que no se acomodaba a esa voluntad del caudillo. No era la conciencia prisionera de la palabra de Dios, palabra buscada afanosamente en el esfuerzo teológico que en Alemania vino a resultar en las más formidables construcciones filosóficas. Era, decía Ímaz al final de aquel trabajo:

La conciencia prisionera del lenguaje. La conciencia prisionera del espíritu del pueblo. La conciencia prisionera del Estado. La conciencia prisionera de la raza. La conciencia prisionera de una camisa. La Palabra, prisionera de una camisa. De una camisa de fuerza. De una fuerza de 3,000,000 de camisas. (*La fe por la palabra*, Cuadernos Universitarios, p. 48.)



Juan Zaragüeta, el maestro

El totalitarismo, o mejor, los totalitarismos que se construirían como ismos más evidentes en su tiempo eran la preocupación y constituían la ocupación de aquel escritor, que a sus treinta y tantos años no abandonaba –no podía hacerlo ni por formación ni por la consecuencia histórica de su pensamiento filosófico formado en la historia– la religión como pieza central de sus meditaciones.

Una de sus primeras aportaciones en *Cruz y Raya* es la traducción del “Sermón del maestro Eckehart, del retiro”, al que complementan notas de Xabier Zubiri. “¿Cuál es la virtud que hace al hombre más semejante a Dios e igual a su arquetipo, tal como era en Dios, antes de que hubiese diferencia alguna entre él y Dios, antes de que Este hiciera a las criaturas?”, se preguntaba el teólogo al inicio de ese sermón –que tanto llamó a Ímaz, al grado de llevarlo a hacer una impresionante traducción–, y en seguida se contestaba, para completar el exordio: “Cuando ahondo en todo lo que se ha escrito acerca de la materia, no encuentro otra virtud que el retiro o desasimiento, puro y simple de todo lo creado. Con esta intención

dice Nuestro Señor a Marta: *Solo una cosa es necesaria*. Lo que significa: quien quiera ser limpio y puro debe poseer una cosa, el retiro.” (*Ibid.*, p. 18.)

Sonaban tan acuciantes las palabras de aquel dominico de los siglos XIII y XIV en la versión de Ímaz, sin duda por el interés que movía al traductor y al editor de *Cruz y Raya*, atento a las manifestaciones de la cultura teológica alemana y universal (Eckehart, como sabemos, predicó y escribió en alemán y se le considera, por diversas razones, fundador de la filosofía alemana), acosada por la embestida totalitaria. A Ímaz, atento a la diversidad y dispersiones de la cultura y las sociedades modernas y contemporáneas, le preocupaba y ocupaba la unidad que había que hallar en la historia, a fuerza de trabajos en los que debíamos encarar la evidencia de la dispersión de creencias en la unidad posible de la historia posible, repitámoslo, solo sobre el esfuerzo de la conciencia y el trabajo de la pluma para no dejar escapar, haciéndola evidente con la palabra escrita, la comprensión del hombre.

“En busca de nuestro tiempo” es el título de la conferencia que Eugenio Ímaz leyó el primero de abril de 1936 en el Ateneo Guipuzcoano, en su ciudad natal, San Sebastián. Último de los textos de su etapa europea recogidos en *La fe por la palabra*. En él se refleja el Ímaz que, buscando su coherencia, tendría que alejarse de amistades con las que no pudo compartir el retiro de los acontecimientos, de la Guerra Civil española, pues pese a su apartidismo político y a su profesión de fe católica, o quizá por eso mismo, tuvo que combatir y apartarse de sus queridos amigos Zubiri y Zaragüeta.

Vayamos a la conferencia de 1936, para seguir después con los textos elaborados en tierras mexicanas.

El tiempo es memoria. Y para buscar este tiempo nuestro, que dicen tan perdido, hagamos memoria de él. No es tiempo de empezar por los cartagineses: nuestra memoria no alcanza a tanto. Nuestra memoria, nuestro tiempo alcanzan lo que nuestro recuerdo; es decir, lo que nuestro corazón. Nuestro corazón de hombres modernos. (*Ibid.*, p. 134.)

Ímaz partía de la unidad religiosa de la sociedad cristiana manifiesta en la Iglesia militante, en la comunión de los santos que evocaban los historiadores románticos, para hacer una revisión de la pérdida de aquella anhelada unidad en las guerras de religiones,

en la diferenciación de los poderes secular y religioso, en los conflictos internos de éstos y sus confrontaciones, en las teorías que secularizaban el derecho natural y en las que trataban de imantarlo con la divinidad, haciendo del Estado una especie de iglesia laica, que, sacudida por las revoluciones democráticas y apelando a supuestas evidencias científicas, daba en ocasiones, como la presente, en especies de totalitarismos.

El “totalitarismo” de nuestro tiempo... se agita frenéticamente entre dos polos; “el revolucionario” y “el imperialista”... lucha de clases y lucha de pueblos; entre estas dos fuerzas, la revolucionaria y la expansiva, la centrípeta y la centrífuga, tendrá que trazar decididamente el hombre moderno la circunferencia de su equilibrio. (*Ibid.*, p. 148.)

Era imposible sustraerse a la lucha por el lugar propio, por el equilibrio y la búsqueda de unidad y concordia, es decir, por la unidad marcada por la memoria y el recuerdo; y la situación crítica en la que la opción es inevitable vino a hacerse más patente a Ímaz poco, muy poco después, en julio de ese año de 1936 (recordemos que la conferencia se pronunció el primero de abril), con el estallido de la Guerra Civil española, preludio de la Segunda Mundial.

Sabemos por José Ángel Ascunce que Eugenio Ímaz salió con su familia a París cumpliendo con tareas periodísticas en pro del gobierno republicano y que en aquella ciudad, conversador ameno, en medio de las angustias del momento, hablaba de un extenso proyecto de traducción de la obra de Dilthey, para lo que estaba más que preparado, pues en España había dado a la prensa la obra de Adam Müller (*Elementos de política*, 1931), Georg Simmel (*Cultura femenina*, 1934) y Jacob Burckhart (*Historia de la cultura griega*, tomos I y II de los cinco publicados), entre otras obras que vertió del alemán y de otras lenguas al español; tareas que exigían concentración y un apartamiento o encierro en la torre de marfil, torre que Ímaz nunca desdeñó, por más que la apreció críticamente; apartamiento o retiro difíciles de conciliar con el tiempo y los tiempos que se vivían, pero inevitable. El meollo del problema no estaba ahí, estaba en la consistencia de los tiempos, de nuestro tiempo, donde afirmó su afán por no dejar ir la verdad, como lo aclararía ya en México en un discurso pronunciado ante sus compañeros de des-

tierro a poco de su llegada, y cuyos párrafos iniciales no puedo dejar de citar:

No vengo en representación de nada ni de nadie. No puedo representar, ya lo veréis, a los intelectuales españoles que cuentan con cuarenta voces más expresivas que la mía. No puedo representar a ningún grupo político de los que sostuvieron la República Española, pues no he pertenecido ni pertenezco a ningún partido. Vengo en representación de mí mismo. Quiero decir: que vengo a decir la verdad que llevo dentro, la verdad que nuestra guerra me metió en las entrañas. Ya veis: un intelectual que lleva la verdad en las entrañas, y no en la cabeza y una verdad que le metieron, no que él se haya fabricado. ¿Puede haber algo más absurdo, con pretensiones de intelectual?

Pues ese absurdo es el que vengo a defender. No sé si acertaré aquella idea que el estallido de la guerra me fulguró con una claridad pasmosa: que la verdad no está en el cielo, poblado de intuiciones, sino en la tierra, en esta tierra que piso, junto a mí, y que esta verdad hay gentes que me la quieren arrebatar. Y que, entonces, no es contemplando como gano la verdad, sino combatiendo. Y desde ese momento me puse a combatir, a conquistar la verdad. El combate se ha perdido, ¿y la verdad?

Un recuento del pasado inmediato, como reflexión, no como mención de acontecimientos, lo llevaba a reafirmar la necesidad de esclarecer su destino, a ver “esa verdad que el mundo nos hace y que nosotros hacemos en el mundo”, si no perdemos el hilo de los acontecimientos, pues, como advertía:

No creamos, compañeros, que ya hicimos nosotros lo nuestro y que ahora les toca el turno a los demás. No hay turno en la fábrica del hombre, recojamos el hilo de nuestra verdad, una verdad que nos hace, si la hacemos, que nos deshace, si no la hacemos.

Es decir, nada más alejado del retiro como la virtud que más acercaba a Dios. Ímaz estaba en la inmanencia plena y veía la fe religiosa, la trascendencia, como algo que la historia enseñaba en épocas y situaciones pasadas, comprensibles pero no vigentes, o solo vigentes en el espectáculo inmenso de la historia con la que teníamos que contar para hacernos de nuestra propia realidad, la de nuestra propia historia. Por eso caló en la obra de Dilthey y de otros pensadores como lo hizo, advirtiendo en ellos a hombres que habiendo experimentado



Xavier Zubiri y Eugenio Ímaz estudiantes en Alemania

el fervor religioso se dieron al estudio de la teología y acabaron en la filosofía o en las filosofías que mostraban los estudios históricos (al penetrar en la obra de Dilthey, decía, hay que “reconstruir un pensamiento, un camino por donde pueda andar nuestra católica carroza”). La consistencia política de su momento, el de la Guerra Civil, el de la Guerra Mundial y el de la posguerra que no trajo la posibilidad de un retorno a la España republicana, obró en su ánimo y en el de otros republicanos españoles de manera muy negativa. El combate solo podía darse en esa suerte de retiro incompleto, imposible como tal, o en esa actividad insatisfactoria a la postre que era el recuperar el hilo de los acontecimientos haciendo más visible la existencia del hombre como posibilidad abierta a una historia, misma que habría que ir abriendo y profundizando por vía del conocimiento y la enseñanza. Como traductor, como autor y como editor intentó esa vía con todas sus fuerzas y con éxitos visibles (cinco libros “originales”, cerca de cien artículos, veintisiete prólogos, cincuenta y cinco traducciones). Además, fue motor importante en la fundación de la que sería la revista representativa del exilio español: *España Peregrina*, al lado de otros

destacados intelectuales, entre quienes se encontraba José Bergamín. A esta le sucedió la revista *Cuadernos Americanos*, fundada con éxito en 1942 gracias a la generosidad de Jesús Silva Herzog, en donde colaboraron los mejores de aquellos republicanos al lado de hispanoamericanos ilustres y en la cual se recopilan muchos de los frutos de aquel concurso de inmigrantes y mexicanos de buena voluntad.

Sin embargo, la cátedra —campo en el que destacó Ímaz pese a no ser su preferido— y las tareas de traductor y crítico resultaron extenuantes. Dos años escolares en la Universidad de Caracas, entre 1947 y 1949, fueron estimulantes y económicamente redituables, pero no suficientes para enmendar y atenuar la fatiga del traductor y del crítico, que no alcanzó a trazar, como dijera en sus años de *Cruz y Raya*, la circunferencia de su equilibrio. Sucumbió a la desesperación y halló la muerte en propia mano un día 28 de enero de 1951.

Dicen quienes lo conocieron y trataron que de aquel final hubo advertencias, intentos, y que la familia y los amigos, angustiados, acudían a disolver las borrascas de aquellas crisis de depresión, ya fuera mediante vacaciones, descansos o apoyo en tareas pendientes.

En fin, que sólo en el recuerdo de lo que puede significar el agotamiento por el exceso del trabajo intelectual puede uno tener idea de aquellas vivencias que no nos toca juzgar, sino tratar de comprender y apreciar por lo que se esforzó en dejarnos y dejó para el hombre, en cuya formación no hay turnos.

Para apreciarlo mejor quiero citar por último las palabras de Alfonso Reyes, quien lo trató y lo comprendió, ¡que duda cabe! Dice Reyes en el prólogo a *Luz en la caverna*, libro integrado por los amigos de Ímaz como homenaje póstumo:

La autenticidad era su excelencia, era su gracia, filósofo de anchura, filósofo del espacio abierto y no del aula, hasta se atrevería a contradecirse en el afán de llegar al fondo de los enigmas... Vivía como en alerta constante y era un despertador de conciencias...

Detrás de toda filosofía adivinaba una religión...

Tal era Eugenio Ímaz. Su muerte ha sido una equivocación del destino. Su obra, trunca, sigue, sin embargo, dotada de la fertilidad y la eficacia de su charla y de su persona... nuestro suelo abraza sus restos. No seamos menos que la tierra: apropiémosnos su memoria. ❧

Filosofía de hoy*

TAMBIÉN A LA FILOSOFÍA le pasa un poco lo que a la historia. Raras veces se llega a la historia contemporánea, porque no se presenta con el empaque de la consagrada por la consabida pátina. Además, andaríamos en peligro de confundirla con los reportajes de actualidad. Y ya es sabido: sólo a distancia las cosas se colocan en una perspectiva conveniente. No más que unos pocos extravagantes se atreven a sostener que la historia, aun la más remota, la escribimos siempre en función de la contemporánea, sólo que sin darnos cuenta y, como es natural, con la conciencia exagerada de estar haciendo todo lo contrario. Y sólo el iracundo Croce ha osado invertir la elocuente fórmula ciceroniana de que la historia es maestra de la vida. También los estudiantes de filosofía se atracan de presocráticos, se atiborran de Platón y Aristóteles y se indigestan de Hegel y Fichte para pasar luego, de un salto, a las últimas cumbres: Husserl, Bergson, Heidegger. Todo muy bonito, muy arregladito, como dice la zarzuela, porque, según un criterio insigne, no hay manera de entender a Husserl si antes no se ha leído a Platón. El caso es que Husserl entendió a Husserl sin leer antes a Platón, y que Whitehead entendió a Whitehead sin haber leído antes a Aristóteles.

Lo de la perspectiva justa se convierte, en nuestro caso, en una falta de perspectiva: la *philosophia perennis* no es sólo la de Aristóteles aderezada por Santo Tomás y servida por León XIII, sino que toda filosofía que se respeta parece abrigar por naturaleza, por definición o, como dicen los norteamerica-

nos, por descripción, esa modesta pretensión de perennidad. ¿Qué importa entonces estar al corriente y seguir el hilo de los fugaces movimientos que nacen y mueren, como la rosa, con el día?

Ya sé que eso de la “circunstancia” es ahora una moda académica. Pero no por ser moda deja de ser académica. Quiero decir, que esa afición por la “circunstancia” es una afición tan aficionada y tan perennemente puesta entre paréntesis que no hay miedo de que cambien las costumbres académicas, y los planes de estudio tendrán que ser violentados por algún profesor irrespetuoso para que los muchachos se enteren, en forma viva, de la contienda filosófica de nuestros días.

El caso es que la filosofía es de todas las disciplinas intelectuales la más contemporánea, y hasta diría que ultraísta, porque el filósofo está obligado a recoger en sus mortales días todos los cabos sueltos de la ciencia —que son tantos— y de la convivencia humana —que son tantísimos—, y a desesperarse en el intento de aunarlos. Pudiera ser que tropezáramos con los problemas de siempre, pero no es en los libros donde tropezaremos con ellos; y si son los de siempre, lo serán sólo formalmente, es decir, que no serán los de siempre. Todos los filósofos, pues no hay que contar entre ellos a los glosadores, han sido las cabezas más adelantadas de su tiempo. Santo Tomás se tragó a Aristóteles porque fue la cabeza más adelantada de su tiempo. Los que no estaban a su altura eran quienes se contentaban con quemar las obras del estagirita. Muchos insisten todavía en que los pueblos hispanos no están dotados para la filosofía. Basta para convencerse con abrir un libro de

* *Novedades*, “Suplemento”, México, 13 de agosto de 1950.



Republicanos españoles (Robert Capa)

historia de las ideas y sentir por dentro las apasionadas peculiaridades del alma hispánica. Pero cuando España estaba a la altura de los tiempos produjo un suavísimo pujante, gran antagonista de los modernos; la Europa que ha dado filósofos después es la misma Europa que ha dado científicos; y si la sociedad hispanoamericana no ha parido más hombres de ciencia es porque el horno no estaba para bollos, esto es, que la sociedad, por su estructura, no podía sentir la necesidad ni la pasión de la ciencia. ¡Que inventen ellos! Este grito de Unamuno lo lanzó mucho antes que él, y con menos angustia, toda la sociedad de habla española o portuguesa.

PERO LA ACTITUD ACADÉMICA es tan general que no poseemos más que dos libros que se ocupan de la filosofía de nuestros días. El de M.F. Sciacca, *La filosofía oggi*, 1945, y el de I.M. Bochenski, *Europäische Philosophie der Gegenwart*, 1947. Aunque Bochenski limita modestamente su título a los confines de Europa, como se ocupa de William James, de John Dewey y del pragmatismo en general, constituye realmente un panorama total de la filosofía actual, descontando, como es natural, la oriental, de cuya actualidad, no menos que antigüedad, seguimos en la más infeliz inopia, no obstante los reiterados esfuerzos de algunas almas piadosas. Pero ya ha lle-

gado la hora, como dijo en su tiempo Goethe de la literatura universal, de que entre a formar parte de nuestro panorama: *Es ist schon an der Zeit*.

Sin necesidad de enredarnos en ninguna comparación de las consideradas odiosas, podemos decir que Bochenski le aventaja a Sciacca por los dos años de delantera pero, sobre todo, por esa cuidada y abundante bibliografía con la que trata de proseguir la labor incitante del libro para que el lector engolosinado se traslade del mapa al terreno mismo de los hechos, es decir, a las fuentes, y tenga la visión cabal del paisaje prodigiosamente anfractuoso de la filosofía contemporánea.

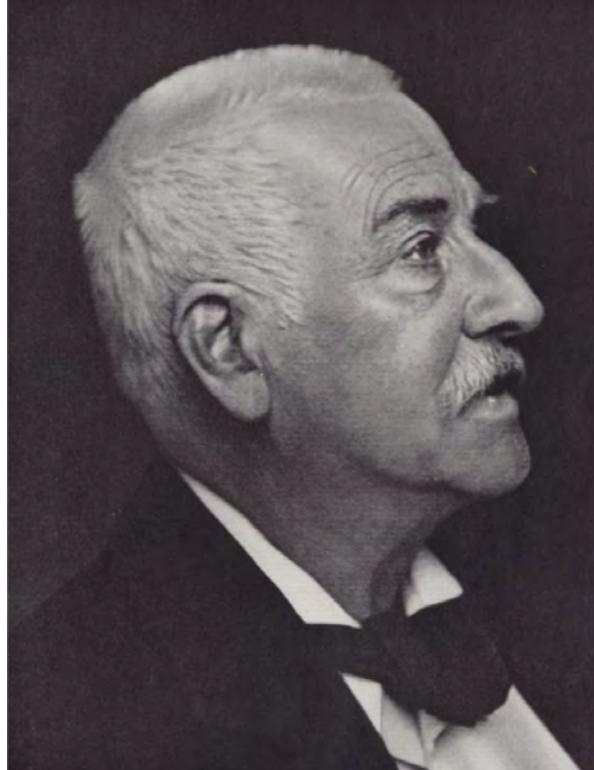
El panorama se recorta por el punto de vista. Difícil que el punto de vista no obedezca a las veleidades del guía. Dificultad que no se aminora cuando éste, como en el caso de Bochenski, se coloca deliberadamente en el punto de vista equidistante que le señala la intersección de todas las obsesiones temáticas contemporáneas: la materia, la idea, la vida, la esencia, la existencia, el ser. No es ésta, precisamente, la parcialidad contra la que el propio autor nos pone honradamente en guardia. Bochenski es espiritualista y metafísico, y como no es posible exponer efectivamente ningún sistema filosófico si no se entra en fuego con él, el impecable Bochenski descarga su conciencia, capítulo tras capítulo, con unas explícitas “observaciones críticas finales”.

Pero la imparcialidad del punto de vista puede resultar también comprometida por la pulcritud geométrica. Porque no se trata simplemente de señalar todas las corrientes poderosas y sus numerosos afluentes, sino de contemplarlas con su caudal e ímpetu cabales dentro de la conciencia contemporánea. La atención concedida al tomismo, por ejemplo, si puede justificarse “objetivamente” contando el número de publicaciones y de secuaces de la escuela, acaso merecería otro tratamiento cartográfico si se tuviera en cuenta la “subjetividad” contemporánea, es decir, cómo transitan por ella las aguas vivas de la filosofía. Así nos encontramos, de pronto, con que una corriente tan poderosa como el historicismo queda repartida entre afluentes de ríos diversos, y Croce, por amigo de la idea, es hospedado en la encastillada mansión de los neokantianos, y Dilthey, con el extraño acompañamiento de Spengler, es llevado a las mismas fuentes de la vida donde perpetuamente se rejuvenece Bergson.

Pero si su esforzada objetividad no le ha podido librar de sí mismo, porque nadie es capaz de saltar por encima de su propia sombra a no ser que la pierda identificándose con los demás, le ha procurado el acierto extraordinario —ya al borde de la hazaña— de incluir en su ponderado panorama el estudio escabroso del materialismo histórico: Lenin y Stalin figuran en la lista de los filósofos. Estamos, por fortuna, un poco más arriba que aquellos expositores deliciosos que hablaban de la “peripecia extravagante del marxismo”.

Pero no obstante estos peros y otros varios que se le pudieran poner, ninguno hay, en definitiva, que valga. Porque el libro de Bochenski es sencillamente extraordinario. Familiarizado con todo lo que señala su puntero, marcha seguro a destacar los perfiles más característicos de los sistemas, con una nitidez precisa, con una limpieza seca. Es clarividencia que debe a su entusiasmo filosófico, pues si el libro es transparente como el cristal, a éste le acompañan todavía las luces ígneas de su origen volcánico. Nos perderíamos señalando ejemplos, porque aquí, como en la imperial Toledo, “un monumento es cada piedra”.

DICEN QUE CUALQUIER HISTORIA de la filosofía es la mejor escuela de escepticismo. Pero el gato perpetuamente escaldado que es el filósofo se diferencia del gato y de los escépticos porque vuelve a pasar



Jacob Burckhardt

y repasar por el lugar del suplicio, y la riqueza de voces de la controversia filosófica contemporánea es una de las raras esperanzas fundadas que a uno le puede inspirar la aturdida humanidad de nuestros días. Los necios y los cucos quieren adormecernos con la monserga de “marxismo o existencialismo”. Pero no, el palenque es mucho más ancho y el duelo a palo seco un alegre y glorioso guirigay. Irracionalismo profundo y desesperado, dándose de cabezadas contra el “muro” de que habla Dostoyevski. Racionalismo radical, que reduce el mundo a un pálido encaje de categorías. Convencionalismo científico y cosmología de alto vuelo. Historicismo humanista y humanismo energúmeno que intenta rescatar los “instantes históricos” de contacto fulgurante con la eternidad. Esencialismo y existencialismo; metafisicismo y fisicismo; contingentismo y necesidad; colectivismo y singularismo. No todo es uno y lo mismo, pero todo tiene hundidos los pies en la tierra y la frente levantada hacia el cielo. En la Tierra con sus nuevos materiales desintegrables y con su ciencia también desintegrada pero camino de una integración superior; en la Tierra con su tamaño encogido, pronta ya para una forma pánoptica. Debajo, el infierno, el subconsciente tétricamente iluminado. Encima, el cielo espesamente aborascado. Para que el hombre “civilizado” se sacuda rudamente su fatuidad de señorito acostumbrado a que la naturaleza le obedezca, mientras en la cerrada

lejanía del horizonte se está fraguando en silencio la figura del hombre universal, consciente de sus tremendas limitaciones pero dueño, por eso mismo, de sus esperanzas.

SI QUISIÉRAMOS JUSTIFICAR a fondo lo que decimos tendríamos que escribir un libro. Pero sí parece hacedero esbozar rápidamente las direcciones de los tiros que se cruzan en el cielo filosófico o topos uranos de nuestros días, tan diferentes del de Platón. Porque aquél es un cielo crepitante cargado de tormentas y no sólo de ideas.

Dice Bochenski que una de las características de la filosofía nuestra, desde el año 1918 hasta hoy, es la resurrección de la metafísica que, según él, sería la corriente más caudalosa y cargada de porvenir. Un hombre tan versado en la filosofía actual como José Gaos ha dicho, sin embargo, todo lo contrario: que nuestra época se caracteriza por la muerte de la metafísica. Y éste es un caso en el que no nos salva la consabida disparidad natural entre filósofos, pues que se trata de una verificación histórica.

Es claro que aquella división forzada del historicismo equivale a borrarlo del mapa como contracorriente de la metafísica. Como el no poner a cuenta del neopositivismo el factor numérico que se hace valer en favor del neotomismo hace más considerable el caudal de éste. Quizá el recuento y distribución ideológica de los asistentes a los congresos internacionales de filosofía celebrados entretanto —el Quinto Congreso, en Nápoles, 1924; el Sexto, en Nueva York, 1927; el Séptimo, en Oxford, 1930; el Octavo, en Praga, 1934; el Noveno, en París, 1937— podría proporcionarnos un criterio objetivo con que contrastar el “subjetivo” de la inmersión en las aguas vivas de nuestra filosofía. Pero he dicho quizás, aunque con harto sentimiento, porque entonces sí que nadie podría discutir la utilidad de los congresos internacionales de filosofía.

Orillando este tema más bien turístico, sigamos el curso de nuestra historia. El historicismo, el neopositivismo y el “naturalismo” norteamericano son corrientes poderosas y actualísimas. El antimetafisicismo del “naturalismo” llega al extremo chocarrero que Dewey llama “metafísica” a la mismísima experiencia humana. De Croce recuerdo un ensayo en el que resume la historia de la filosofía como la de una infidelidad: a su misión original de suplantar el



Eugenio Ímaz y su esposa Hildegarde Jahnke

mito. Al centrar su preocupación en la metafísica, no ha hecho otra cosa que sustituir el mito y la teología por un mito y teología en segunda potencia: la metafísica y los neopositivistas, estos *enfants terribles* de nuestros días filosóficos, han dado señales repetidas de su incontenible procacidad al aplicar sin contemplaciones su receta gramatical del bla, bla a las fórmulas más solemnes de los más encumbrados filósofos.

Pero, además, si descartamos a los tomistas, que son legión, no tendríamos en el grupo metafísico de Bochenski más que las figuras señeras de Alexander y de Whitehead y al gran arquitecto del universo, Nicolai Hartmann. Ahora bien, Alexander y Whitehead llegan a la metafísica por la cosmología, una cosmología que quiere adelantar ya las consecuencias definitivas de la física y la biología actuales, cuando éstas no sólo no están maduras para tanto, sino que la edad crítica que han alcanzado parece corroborar más bien lo que habían de largo anticipado algunos filósofos y hombres de ciencia con antenas futuristas: que nunca podrían estarlo. Y éste sí que sería un supuesto fundado al que ninguna filosofía actual podría sustraerse y que las distinguiría a todas, en el tiempo histórico, del

positivismo anglo-francés y del neokantismo alemán, los grandes señores del pasado inmediato.

Las cosmologías de Alexander y Whitehead no han hecho sino proseguir la batalla que inició Bergson contra el positivismo al concentrar sus tiros en la figura de Spencer. Y en cuanto a Hartmann, tampoco está haciendo otra cosa que seguir adelante con la apostasía del neokantismo iniciada por Husserl y predicada por Scheler.

Con el existencialismo, los paréntesis o corchetes de la *epoché* husserliana que Scheler y Hartmann utilizan curiosamente como tenazas para aprehender el Ser, se convierten en manos de Heidegger, de Jaspers, de Marcel y de Sartre en pinzas con qué agarrar, como a un cangrejo o cáncer peligroso, la bruta existencia humana. Ciertamente un camino *vers le concret* que sería, contra lo que hace suponer la división capitular del libro de Bochenski, la vía escarpada que, en el paisaje contemporáneo, parece poder llevar a muchos a la metafísica. Y con ésta sí que no había contado Croce, a quien, no obstante su filiación hegeliana, no se le puede achacar el descuido del individuo humano, concreto. Pero el existencialismo, además de ser una reacción inevitable contra el positivismo, lo es, más ampliamente, contra el Espíritu y en favor de los “espíritus”, así sean demoniacos. Heredero de toda la protesta irracionalista, soterrada mientras celebraba sus triunfos un racionalismo prosaico o fantasmal, ha venido precisamente a canalizarla, es decir, a sistematizarla, haciendo traición, como no podía ser menos tratándose de filósofos, a su cristiano fundador, Kierkegaard, que empezó y acabó diciendo “que no es posible un sistema existencialista”, y a su cofundador anticristiano, Nietzsche, maestro de la aforística.

Al historicismo, que anuncia la liquidación consciente de la metafísica, y cuya última hazaña es el intento de reducción que de la metafísica de Alexander y Whitehead lleva a cabo Collingwood, le ha salido la criada respondona del existencialismo, que si sacó su herramienta de Husserl, la aplicó a la experiencia humana contada por Dilthey. Pero al existencialismo, que no se ha ocupado mayormente de la ciencia, es ésta la que le puede salir respondona si insiste —tan honradamente como lo hace Szilasi siguiendo las indicaciones de Heidegger— en interpretar la ciencia de nuestros días con idea tan románticamente ahistórica —es decir, tan poco romántica— de la *Wiederholung*



Adam Heinrich Müller

o rescate, para la que nuestra ciencia no sería sino una continuación en la misma actitud ontológica de la mente griega. En este caso, el historicismo, remozado, le podría cantar la cartilla.

El neopositivismo, para quien es blablá farragoso y sin sentido todo lo que exceda los límites ascéticos del lenguaje científico, ya tiene su criada respondona y hasta vociferadora en el “naturalismo” norteamericano, que no quiere que le den gato por liebre y reclama insistentemente toda la amplitud y riqueza de la experiencia humana, aunque también la compromete en la dimensión histórica por su cerrazón pragmática.

El materialismo dialéctico, una de las corrientes más imponentes, se halla comprometido, en el terreno de las ideas, por su metafisicismo anacrónico y, en el de los hechos, por su politizado y nada anacrónico humanismo, pero parece que no le ha salido todavía una verdadera criada respondona y con hechuras. Las pretensiones, en este sentido, del existencialismo, son excesivas, como puede juzgarse por los ensayos políticos caquécicos de Sartre, y también lo son las convergentes del marxismo en su empeño táctico por reducir los frentes de guerra, como puede verse por el libro simplista de Lukács *Existencialisme ou marxisme?* La respuesta podría darla un humanismo nuevo. Pero, ¿dónde está? La antropología filosófica tiene la palabra. ☞

Balada cruel de Eugenio Ímaz*

El pelo lacio, la voz grave, la mirada clara:

—¡Hola!, ¿qué hay?

No hay nada. Una mesa pequeña en la redacción de “Cruz y Raya”. Una mesa pequeña en el “Fondo de Cultura”.

El solar, frente a la ventana, del tercer trozo de la Gran Vía. El “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”. Bergamín, palo bergante, habla de toros con Cossío; de Lope, con Montesinos. La “España Sagrada”, en un estante, todo pergamino. Eugenio, en su mesa pequeña, haciendo de partero, casi de portero.

Zubiri se transforma en Juan David García Bacca. París y Bergamín se pierden, de canto, en la lejanía. Atraca Juan Larrea. Tal vez los vascos no pueden vivir sin una fe, y sin barcos.

De esa cuaderna sale “Cuadernos Americanos”. Eugenio Ímaz con su nada alemana a cuestras se queda en su mesa pequeña, haciendo de partero, casi de portero, sin fondo: “Esto, sí; esto, no”; agrio limón del inglés al español, agrio limón del alemán al español, agrio limón del francés al español.

El pelo lacio, la voz grave, la mirada clara:

—¡Hola!, ¿qué hay?

No hay nada. Luego se va a Caracas, y como se fue vuelve. Ya no hace pie. Tal vez los vascos no pueden vivir sin unos barcos, sin una fe. El mundo se le vuelve signo esotérico. Ya todo son señales de ahogados. Eugenio sigue en su mesa pequeña de parte-

ro dando a luz a lo de los otros; vasco rubio y terco, con su pelo noruego, traduciendo: esto es esto y lo otro. Agrio limón del alemán al español. De tanto dar lo suyo y lo de los demás acaba ahito en la orilla del mar.

Una vez perdido el pie, ¿para qué? Tal vez los vascos no pueden vivir sin una fe, sin unos barcos.

—¡Hola!, ¿qué hay?

No hay nada. Una mesa pequeña y los diccionarios arios donde están todas las palabras para nada. ¿Entonces para qué vivir frente a una mesa pequeña y traducir la nada, perdido el pie?

Cuando sabe uno tanto de tantos cansa hacer de partero, casi de portero. Lo mejor es mandarlo todo al demonio. Ya todo son señales de ahogados, pañuelos agitados por tristes y solas manos. Cada vez hay un pañuelo menos sobre un mar de plomo donde naufraga el barco vasco, con su bandera de hoja de lata en la popa, en la que se lee, despintada, la sola palabra “España”. Unas olas suaves alrededor del casco y un poco de espuma blanca. La mar está tranquila. Ya no hay nada. Sólo queda una mesa pequeña, unos diccionarios: “Esto sí, esto no. ¡No, hombre, no!”

El pelo lacio, la voz grave, la mirada clara:

—¡Hola!, ¿qué hay?

No hay nada. Sólo cantar, de cuando en cuando, bien comido, entre cuatro amigos, aquello de:

Toca este vals,
Conchita,
toca este vals precioso,

*Revista *Universidad de México*, UNAM, vol. X, núm. 9, mayo de 1956, pág. 31.

antes de volver a su mesa pequeña a revertir la nada alemana a la nada americana, perdido el pie de España. Los vascos para vivir necesitan una fe o unos barcos y no una mesa pequeña de portero o de partero. Y la gran voz de su pueblo clamando en el viento.

Eugenio, otro de los que, por el viento, no descansan en paz; agrio limón de nuestro tiempo. Viejo San Sebastián traspasado.

(Traspasado, ¿a quién?)

El rubio pelo lacio, la voz grave, la mirada clara:

—¡Hola!, ¿qué hay?

Con ansia, tendido hacia fuera, deseoso de ver más allá.

Por eso te apresuraste. Como dicen, aquí en México: “El que sabe, sabe.”

Por no decir, callaste. Moriste preso, de prisa, cogido entre tu prisa, el miedo y el medio.

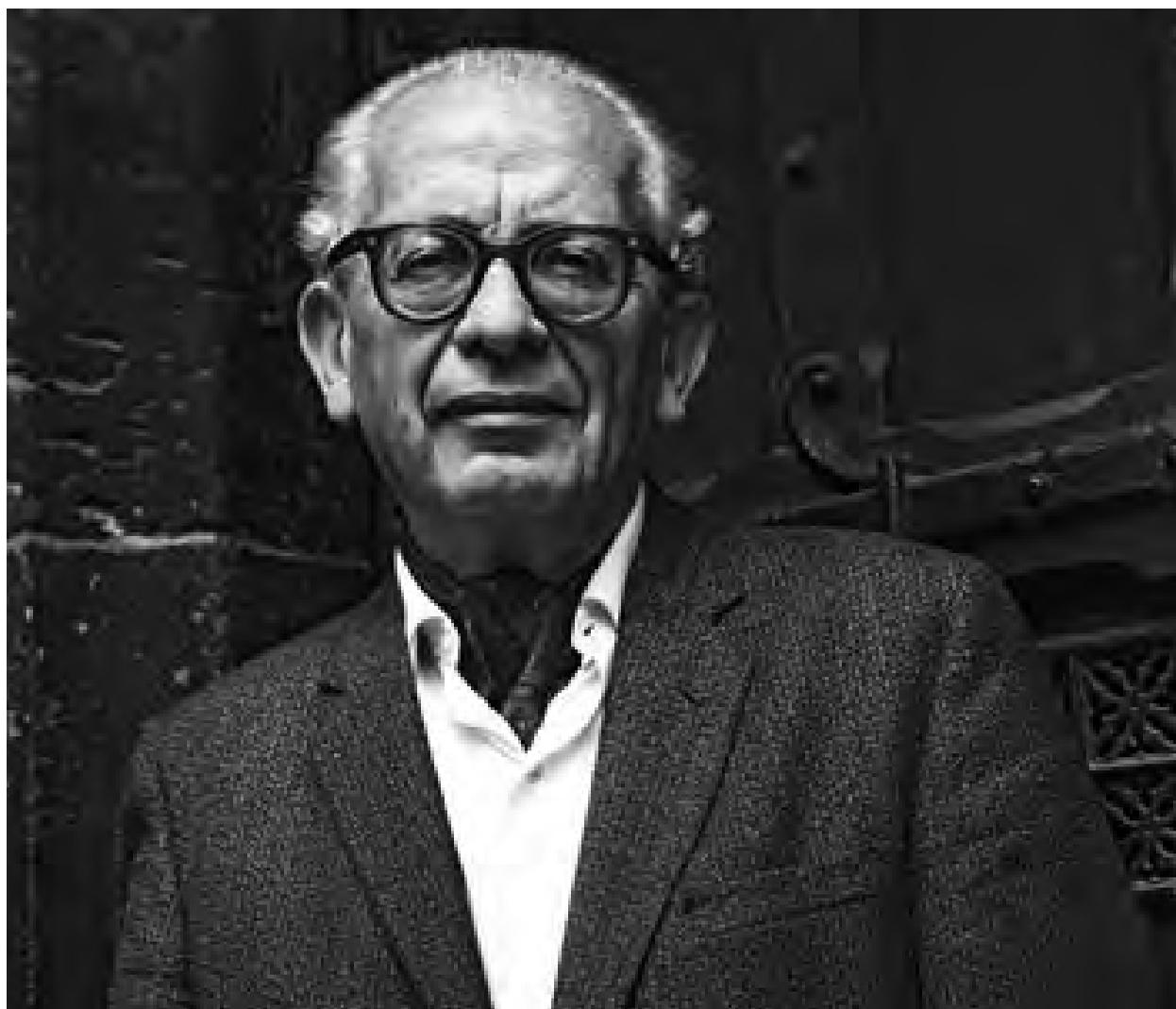
Adiós, viejo; como dicen aquí, en México: “Nos vemos.”

¿Para qué seguir? No hay novedad: aquí acabada esta mala balada de Eugenio Ímaz, que —más, menos, más— podría ser la de José María Quiroga Plá, la de Ramón Iglesia, la de Juan Chabás o la mía. Todos teníamos —más, menos, más— idéntica edad.

Juntos nos echó España el mundo, desnudos.

Saldrás de cualquier cuartucho, donde seguirás traduciendo, nos tenderás la mano, preguntando con cierto despego:

—¡Hola!, ¿qué hay?. 



Max Aub

Sobre Eugenio Ímaz*

¡Qué fácil, qué odiosamente cómodo hacer donaire del destierro quien nunca probó sus amarguras! ¡Y qué ingratitud incalificable no reconocer cuánto debemos a nuestros hermanos españoles! Arrojadlos por el naufragio hasta las playas mexicanas, ellos trajeron consigo sus penates y nos han prestado sus fuerzas para las inacabables luchas del espíritu. A golpes de penas y trabajos —era fatal— uno que otro ha ido cayendo. Sus losas marcan los hitos de esta ardua jornada. Nuestro suelo abraza sus restos. No seamos menos que la tierra: apropiémonos su memoria.

En este escuadrón de buena voluntad, ¿quién no recuerda al vasco salubre y sencillo, seguro como la mano abierta, compañero para todas las horas, que nada pedía y se daba íntegro y cuya principal virtud fue sin duda el parecerse tanto al aire y al agua, a las cosas de la naturaleza?

La autenticidad era su excelencia, era su gracia. Respiraba generosidad y verdad. Alma entera y apasionada, hombre de una pieza, henchido de vitalidad y alegría, pese a la guadaña que lo segó. Limpio, puro y genuino, poseía el sentido innato de lo fundamental, y era impaciente con las rutinas y los pensamientos hechos a máquina. Los artículos, los disimulos, los afeites, la pedantería, resultaban inútiles a su presencia: “¡Te conozco, mascarita!”, parecía decirles, y pasaba de largo.

Filósofo en anchura, filósofo del espacio abierto y no del aula, hasta se atrevía a contradecirse, en el afán de llegar al fondo de los enigmas; y no por coquetería paradójica, sino para aceptar mejor, con pánico acatamiento, los avisos de la realidad, no siempre reducibles al breve compás del raciocinio.

*Prólogo a Eugenio Ímaz, *Luz en la caverna, Introducción a la psicología y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

Vivía como en alerta constante y era un despertador de conciencias: no el famoso tábano, insecto impertinente a la postre. Ni perdonaba ni se perdonaba las fallas de la información y seguía los vaivenes de la mente contemporánea con una sed casi inextinguible. Su enorme atención para la poesía era una forma del entusiasmo.

Más que revivir la obra de los grandes pensadores, quería vivirlos, padecerlos y disfrutarlos por cuenta propia. No hay filosofías muertas —pensaba—, ni hay lenguas muertas, salvo cuando se las ignora. Y solía emplear este feliz retruécano: —Una “lengua muerta” es una contradicción *in abjecto*.

No aceptaba la historia abstracta de los sistemas filosóficos. Detrás de toda filosofía, adivinaba una religión. En este argumento, agregaba, la historia de la filosofía debiera tener siempre por lema: *Cherchez la religion*.

Durante varios años, encerrado en su celdita monástica consagró sus impagables desvelos al Fondo de Cultura Económica, a cuya labor queda indisolublemente vinculado. El Colegio de México tuvo la suerte de contar con su cooperación decidida.

Pero yo me lo represento más bien, no sé si por economía del recuerdo, como un encuentro feliz a vuelta de una esquina, con cierto aire de hombre que va callejeando sin prisa, llevado por el monólogo interior, embriagado en sidras del alma, acaso escuchando el resuello de los acordeones nativos, más alto de lo que realmente era, escueto y justo, las piernas de aurrecu, la boina tumbada por la frente, los ojos de perfecta confianza, y mal disfrazada de brusquedad aquella su irremediable dulzura.

Tal era Eugenio Ímaz. Su muerte ha sido una equivocación del destino. Su obra, trunca, sigue, sin embargo, dotada de la fertilidad y la eficacia de su charla y de su persona. Su imagen perdura en el corazón de sus amigos. 



José Gaos y Alfonso Reyes

Eugenio Ímaz, Obra*

La obra que nos ha dejado Eugenio Ímaz es doble. La parte más voluminosa es la obra del traductor. Es corriente pensar que no deben contarse las traducciones entre los trabajos personales. No porque no se deban a personas, sino porque no son trabajos originales. El propio Ímaz hace en algún lugar una crítica incidental, pero incisiva, de la labor de los traductores de la filosofía alemana al español, entre los cuales figura él mismo. A pesar de todo, en la obra que nos ha dejado hay que incluir la del traductor. Lo que se piensa corrientemente de las traducciones vale para las traducciones corrientes, pero nada más. Hay traducciones que, aunque no sean trabajos originales en el sentido habitual de esta expresión, atestiguan una auténtica originalidad, a saber, en la manera de traducir. Cierto que el testimonio lo deponen sólo para el competente de veras y éste es siempre raro. Hay, por otro lado, traducciones que pertenecen a la historia universal de la cultura, como las primeras o las mejores traducciones de las obras maestras de las grandes lenguas de la cultura a las otras de estas lenguas. Hay, incluso, épocas de la historia de una cultura, y hasta de la cultura en general, caracterizadas por las traducciones o por ciertas traducciones. Nuestros días son una de estas épocas en la historia de la cultura de los pueblos de nuestra lengua. Las traducciones del alemán, principalmente de filosofía, son una característica de la cultura de los pueblos en nuestros días. Son manifestación del reemplazo de la influencia predominante de otras culturas por la de la alemana en la nuestra, y de un

nuevo interés por la filosofía en ésta. Pues bien, entre las traducciones del alemán que caracterizan la cultura de los pueblos de nuestra lengua en nuestros días descuellan en uno de los primeros lugares las de Ímaz por su cantidad y calidad. No podía menos de resultar así de la concurrencia de estos factores: el talento y el saber de Ímaz; su familiaridad con Alemania y el alemán, fundada en la estancia en el país y mantenida por el matrimonio con alemana; su peculiar estilo de gran escritor. Por todo esto importaría hacer un catálogo o índice de las traducciones de Ímaz. Sería porción importante de una bibliografía o historia de traducciones españolas que pudiera dearse un día como base o parte de la historia de la cultura de lengua española contemporánea. En ella destacaría la monumental traducción de las obras de Dilthey. El propio Ímaz dice en algún sitio algo que revela cómo la inició sin el propósito de que fuera lo que llegó a ser, pero cómo llegó a serlo por una especie de engolosinamiento con la tarea proseguida con creciente intensidad. En tal manera de llevar a cabo esta traducción parece fundado reconocer ya algunas notas distintivas del espíritu y carácter de su autor: la afinidad de intereses, por lo menos, con el autor traducido, que parece implicar tamaño interés por él; el hábito, porque llegó a serlo, y la nativa tendencia, porque debió de serlo, de hacer de la necesidad virtud en el sentido de hacer del tema más impuesto por la mera ocasión verdadero tema, esto es, de atención y aprovechamiento al máximo...

La otra parte de la obra dejada por Ímaz, la integrada por los trabajos originales en el sentido habitual de esta expresión, es breve. Se reduce a tres libros, ninguno

*Prólogo a Eugenio Ímaz, *Luz en la caverna, Introducción a la psicología y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.



Georg Simmel

llamativamente voluminoso, y un folleto. Éste es el *Asedio a Dilthey*, compuesto por Ímaz con los prólogos y epílogos que fue poniendo a los tomos de la traducción del autor alemán. La sustancia de estos prólogos y epílogos o del folleto quedó *aufgehoben*¹ en *El pensamiento de Dilthey*, el más voluminoso de los tres libros y el único dotado de unidad de tema. Porque los otros dos son: *Topía y Utopía*, en que Ímaz coleccionó en 1946 una selección de sus ensayos, artículos, discursos y otros trabajos de parecidos géneros; y el presente,² que colecciona todos los demás trabajos de los mismos géneros que ha encontrado una busca movida por el afán de recoger todo lo dejado por el esposo y el amigo. Sin duda no es superflua la siguiente advertencia: el orden de los trabajos coleccionados en el presente volumen es el cronológico de primera publicación (algunos aparecieron en más de un lugar y en algún caso a años de distancia, pero sin variantes, por lo menos de algún interés, por mínimo que fuese) o de composición en el caso de los inéditos y cuando ha podido fijarse siquiera aproximadamente; no les ha parecido a quienes han preparado

¹ En buenas manos.

² *Luz en la caverna*.

el presente volumen para la publicación poder darles otro orden, como puede darlo un autor a sus trabajos y lo dio efectivamente Ímaz a los que coleccionó en *Topía y Utopía*; pero se ha hecho una excepción con el que sugirió dar su título al presente volumen.

Cuando aparecieron el *Asedio a Dilthey* y *El pensamiento de Dilthey* publiqué sendas notas sobre ellos en *Cuadernos Americanos*. Me he permitido mentarlas para poder, remitiéndome a ellas, ocuparme aquí exclusivamente con los trabajos coleccionados en el presente volumen y en *Topía y Utopía*, esto es, con la obra de ensayista y articulista de Ímaz. A estos géneros, del ensayo y el artículo, se reducen hasta los discursos, que fueron leídos.

Trabajos, a primera vista, de ocasión. Escritos los más con ocasión de un libro o de otro tema de actualidad. Compuestos algunos para una ocasión determinada, conferencia, conmemoración, congreso... Pero, a segunda vista, o tras una pequeña reflexión, se ocurre la cuestión de si serán tan simplemente ocasionales. Libros, temas de actualidad, hay muchos. ¿Por qué los que desfilan en los dos libros de Ímaz y no otros?... Porque entre los muchos que pudo preferir, prefirió éstos la orientación toda de Ímaz, la cual se revela, pues, en estas preferencias. Así, de los filósofos de nuestros días, escribió Ímaz, desde luego más que sobre cualquier otro, sobre Dilthey; y sobre un par de filósofos de lengua inglesa, Dewey y Collingwood, más insistentemente aún que sobre el resto de aquellos a quienes dedica artículos, no limitándose a referirse a ellos en el desarrollo de otro tema: Croce, Spengler y Toynbee, Schweitzer, Heidegger... Y de la lectura de los trabajos respectivos se saca ya la convicción de que estas preferencias responden a dos positivas y a una negativa, pero acompañada de una inclinación y preocupación también positiva; y de que todo ello es fundamental y característico del espíritu y aun del carácter de Ímaz. Las dos preferencias positivas son, una, por la filosofía de la historia y de la cultura, y lo más concreta posible; la otra, por la filosofía serenamente científica y por la ciencia serenamente filosófica. La preferencia negativa es por el existencialismo y en particular por lo que tiene de patético; la concomitante inclinación y preocupación es por cierto tipo de humanismo. La lectura de los mismos trabajos sugiere ya también la unidad que todas estas preferencias e inclinación y preocupación tenían en el espíritu de Ímaz. La lectura de los trabajos res-

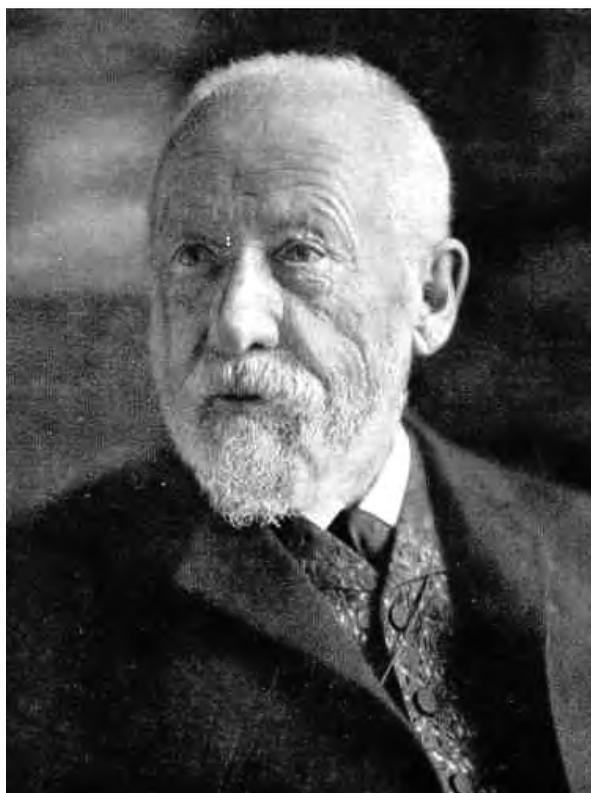
tantes confirma éstas y acaba de manifestar aquélla, y con ella lo que puede llamarse filosofía de Ímaz.

El interés por la filosofía de la historia y de la cultura, y lo más concreta posible, se debe a lo que esta filosofía aporta o podría y debiera aportar al conocimiento y comprensión de la crisis de nuestro tiempo. La actitud de reserva, cuando no de repulsión, frente al existencialismo y a lo que tiene de patético, se debería, no simplemente a considerarlo, sino radicalmente a sentirlo como una mera expresión de la crisis, no como una doctrina o posición conducente a superarla ni capaz de ello. Y esto, por dos razones. Una es lo que tiene de irracionalista en su método, o más bien, en su manera de proceder, porque quizá no sea justo conceptuar de método una manera de proceder irracionalista. Pero basta una excepción como la que representa la aplicación de la filosofía de Heidegger a la teoría de la ciencia, para el cambio del tono dominante al referirse al existencialismo:

Seguramente extrañará a muchos que una corriente filosófica que ha sido motejada, con razón o sin ella, de nihilista, pueda ofrecer una teoría de la ciencia más objetiva, más ontológica que la que muchos científicos de nota aceptarían y que entronca la actividad científica con la máxima tradición intelectual del Occidente: la filosofía griega. Esto ya justificaría poderosamente la publicación del ensayo, pues arrojaría a la discusión temas menos patéticos y facilones que el de la muerte, la nada o la angustia.

La otra de las dos razones anunciadas es lo que tendría de errada la concepción fundamental o central misma del existencialismo, su concepción del hombre y del humanismo. Y como acerca de ella no hay excepción, tampoco acerca de ella cambia aquel tono. Y todo lo que acaba de apuntarse, en definitiva, por esto: porque el tema preferente, esencial, entrañable, de Ímaz es el problema que es la crisis de nuestro tiempo, y la solución del problema y la superación de la crisis las divide Ímaz en una peculiar conjunción de ciencismo y humanismo, en una personalísima inserción de la ciencia en un humanismo sui generis, que hace de aquellos dos “ismos” los principales *Leit-motive* de esta parte de la obra de Ímaz que acabarán por resaltar hasta para el lector más cursorio.

El hecho y el sentido de la preferencia de Ímaz por la filosofía serenamente científica y la ciencia serenamente filosófica, se documenta el uno y define el otro



Wilhelm Dilthey

por una apreciación como la citada del ensayo de Szilasi o como esta otra:

Con una nitidez y transparencia que el tema hacía inverosímiles, Jordan nos deja ver cómo el materialismo filosófico —el basado en la imagen mecánica del universo— ha sido liquidado por la nueva ciencia, pero también que ésta, como mera ordenación de fenómenos, nos prohíbe llevar a cabo en su nombre cualquier extensión metafísica o religiosa de sus resultados. Esto es lo que nos cuenta el sobrio panorama que se divisa cuando marchamos por el riguroso camino de la ciencia sin desviarnos a derecha ni a izquierda.

Y por una predilección como la notoria por la de la Gestalt entre las Psicologías de nuestros días. Y por la predilección por aquellos mismos filósofos, la predilección por los cuales o la interpretación de los cuales documentan el hecho y explican el sentido de la inserción de la ciencia en el humanismo, del ciencismo y humanismo todo de Ímaz. Así, la interpretación de la filosofía de Dilthey como un naturalismo e instrumentalismo vencido por el socialismo y progresismo, aunque éste no llegue a dar con el lunático aspecto de la verdadera meta final.

Del ciencismo y humanismo de Ímaz es singularmente ilustrativa y demostrativa la ponencia preparada para el Segundo Congreso Interamericano de Filosofía, que tuvo lugar en México en enero de 1950, y que no llegó a presentar. La ocasión era de las que mueven a ofrecer condensado lo esencial del pensamiento propio. Y el resultado en el caso de Ímaz fue la doble tesis de que el significado y alcance de la actitud científica para el hombre en general es el que es para el hombre de ciencia, y el que es para éste se define y mide por la ciencia misma como producto objetivado de y en la cultura. La tendencia dominante, no ya en la estricta y sola filosofía, sino en la vida intelectual toda de nuestros días —piénsese en el marxismo y el sociologismo, el psicologismo y el psicoanálisis, el historicismo y el existencialismo—, es a reducir las creaciones del “espíritu objetivo” a su creación por el “espíritu subjetivo”. Contra esta reducción reacciona Ímaz netamente. Pero no para desvincular aquellas creaciones del último espíritu, sino para vincular las unas con el otro, ya no como una “reducción” de las unas al otro aniquiladora de la sustantividad de las primeras, mas sí como una “integración” de la actividad científica en la total humana por medio de la cual ésta se nutra de la sustancia de la anterior, como de todas las del mismo género, resolviendo así el problema moral, que será el verdadero problema metafísico, del destino del hombre. Más concretas, por un lado, y más amplias, por otro, son aún las palabras finales de “Angeología y Humanismo” acerca de la interpretación humanística del trabajo de los científicos y la inclusión de este trabajo, por la vía de la Historia de las Ciencias, en los *studia humanitatis*.

La crisis de nuestros días tomó para los españoles la forma de su guerra civil y de las consecuencias de ésta. Bajo tal forma fue y sigue siendo vivida íntimamente por todos y pensada públicamente por aquellos a quienes se lo han impuesto de consuno su profesión intelectual y su sensibilidad humana —porque la profesión intelectual no basta para no preferir la actitud de abstención literaria ante el tema por la que tantos pasajes de los trabajos de Ímaz rezuman la mayor de las repugnancias sentidas por el autor. Como su mayor simpatía se vierte sobre el intelectual que piensa justamente lo contrario, que es “tiempo de hablar”, y obra en consecuencia, o habla, porque en este caso la palabra es la acción. Así, quizá sobre todos, para Ímaz este Collingwood cuyo envío por Oxford

saluda con la satisfacción que le causa el contemplar la figura de un cultivador ejemplar de la filosofía serenamente científica, para acabar comentando con entusiasmo la cristalización de los sueños del filósofo con ocasión justamente de la guerra de España. Es que “los bienes que están en juego no son propios del intelectual, sino comunes del hombre”, por lo cual no podemos creer que el intelectual, cuando hace honor a su apellido, haga más ni menos por el espíritu que el soldado que muere en la trinchera de la libertad. Fiel a tales ideas, a tales convicciones, Ímaz figura a la cabeza entre los españoles que sintieron y sienten aún con más intensidad su guerra y se esforzaron y siguen esforzándose por pensarla con más honradez y públicamente. Por eso, a la española concreción que tomó así la crisis de nuestros días, para él corresponde ajustadamente la española concepción del humanismo que frente a ella conjura en y como invocación decisiva. Sobre este punto es el ya citado ensayo “Angeología y Humanismo”, una de sus últimas publicaciones, el texto definitivo y mejor, con las relaciones que desenvuelve entre humanismo y caballería en torno al central y tan castizamente español concepto de “hombría”.

Pero la obra de la vida de Ímaz no se reduce a la que nos ha dejado. Hay obras que no dejan de serlo, y tanto como las que pueden dejarse a la posteridad, por ser imposible dejarlas a ésta. Así, la obra del orador y la del actor —y la del profesor y la del conversador, que son las otras dos que con la del escritor y publicista integran la de la vida de Ímaz. Con todo, honradamente creo deber declarar cómo me parece que Ímaz no tuvo la vocación de profesor, aunque tuviera la aptitud para enseñar, a despecho de la normal relación entre aptitud y vocación. A la cátedra prefirió puestos de secretario de revista y empleado de editorial, hasta el punto de haber vuelto a ellos desde la cátedra universitaria, a la que renunció más de una vez, sin necesidad absoluta, a poco tiempo de ejercerla. En todo caso, de su capacidad para la síntesis didáctica es prueba que bastaría por sí sola la “Introducción a la Psicología” en que desarrolló y perfeccionó un trabajo de los incluidos en *Topía y Utopía*. Destinada a ser el primer capítulo de uno de los brevarios del Fondo de Cultura Económica, que iba a llevar el título de Introducción a la Psicología y del que no llegó a componer más, admirará a quien conozca la enmarañada selva de las Psicologías contemporáneas (dis-



Xavier Zubiri en su biblioteca, *ca.* 1945

ciplinas, escuelas, teorías, aplicaciones...) la maestría superlativa con que, podando la fronda viciosa, deja al descubierto los troncos y ramas de un orden histórico y esencial. Pero si Ímaz no tuvo la vocación de profesor, tuvo, en cambio, la vocación y la aptitud de escritor, la aptitud y la vocación de conversador, que es también una vocación en casos como el suyo. Es el caso de los grandes conversadores que suelen ser los pensadores contemporáneos de nuestra lengua: grandes por el volumen que ocupa la conversación en su vida diaria, y por ser conversadores llenos de viveza y animación, ocurrencias y réplicas felices, agudeza y gracia y otras condiciones y calidades intelectuales y estéticas –y vitales. Los lectores de este libro que no hayan conversado con Ímaz –los más, seguramente, pues este libro, ofrenda de la amistad, espera rebasar con sus lectores el círculo de los amigos– no pueden hacerse por sí solos idea sino de las condiciones y calidades del estilo del escritor Ímaz, de su estilo verbal y mental, pero las de éste les harán y dejarán ciertas impresiones: ante todo, la de una

peculiar manera perifrástica de decir las cosas, que rehúye las maneras trilladas de decirlas y que sugiere más que afirma; entre las búsquedas y hallazgos de la perífrasis, la impresión de los contrastes paradójicos de un humor de grave densidad en el fondo; y, en oposición certeramente compensatoria, oportunas sentencias terminantes; como raíz de todo, la original visión de relaciones sorprendentes por su verdad y, sin embargo, por su novedad; en primer término, por su frecuencia, alcance y sugestividad, las históricas entre ideas y pensadores.

Ha sido posible inferir en todo lo anterior, desde las preferencias en materia de filósofos hasta las peculiaridades del estilo, algo por lo menos acerca de las formas mentales y los ingredientes caracterológicos de la personalidad individual de Ímaz. No parece imposible inferir de todo ello algo también acerca de lo que sin duda había de étnico en la misma personalidad. Hay dos tipos de vasco, “Lecochandegui el jovial” y “Elizabide el vagabundo”, que tan exacto hubiera sido llamar “el melancólico” y hasta “el misán-

tropo”: el vasco de las grandes bromas cordiales y el vasco de la ternura retenida bajo la hurañía en lo público y suelta sólo en la intimidad afectuosa. Bajo un Lecochandegui, mucho más fino, naturalmente, como mucho más culto, que el personaje de ficción, pero bien reconocible todavía en las bromas que gastan a ideas e ideadores las paradojas del humor característico de su estilo, había un Elizabide que aún va de un asunto a otro, ganoso, afanoso de algo que no acaba de encontrar, en el vasco por estos dos costados, como mínimo, que era Ímaz. No es precisamente insólita ni incomprensible, ni en lo social ni en lo individual, la aspiración de la tormentosidad de la vida a la serenidad de los cielos, ni que el retraso de su logro empuje hasta un delirio como el español que da título a uno de los artículos de Ímaz, y del que éste quiso librarse como atestigua la intención crítica del artículo, sin conseguirlo en definitiva. Por esto mismo en parte, pero por todo también, sin duda no es infundado sostener que en la personalidad de Ímaz es lo más valioso, por más significativamente universal, lo que hay —porque esto es lo que pervive— de representativamente hispánico en otro respecto: un típico y característico intelectual, filósofo, hispánico, que plantea una vez más el problema planteado ya tantas veces por la forma del pensamiento y de la filosofía contemporánea de lengua española con sus cardinales asistematicismo y verbalismo. ¿A qué se deberá este tan repetido quedarse en una dispersión de trabajos menores y variados y de palabras puramente orales y ocasionales, en vez de articular un sistema por escrito? ¿Simplemente (!) a que serían pensadores más “problemáticos” que sistemáticos, y a que sentirían como Platón que lo más personal y objetivamente verdadero a la vez de un pensar filosófico no podría comunicarse por medio de la palabra escrita, sino a lo sumo administrando el “santo sacramento de la conversación” en una comunión de todo cuanto entraña la amistad íntima? ¿O a una honradez a carta tan cabal que impide engañar a los demás como engañarse a sí mismo acerca del verdadero valor de los juegos constructivos de la pura teoría frente a la seriedad radical, y no sólo circunstancial, de la vida desbordante?...

El artículo “Luz en la caverna” documenta la repercusión entusiasta que tuvo en Ímaz una concepción de la iniciación en la Filosofía que refiere esta última lo más posible a los problemas vitales del ciudadano



José Miranda, México, 1964

medio de la cultura occidental y actual. Se trata de introducir la luz blanca y sedante del espíritu en la caverna oscura y ferina que es el mundo de nuestros días, proyectando los haces de la primera sobre éste y aquél, y el otro y el de más allá, entre los puntos más tenebrosos de la última, con reverente sentido de lo limitado de toda iluminación para el misterio infinito del universo. ¿No es esta platónica imagen, tanto como imagen de la didáctica filosófica y de la filosofía misma a las que la aplica Ímaz, la imagen más justa para la obra toda de éste, pero señaladamente para la recogida en este volumen y en *Topía y Utopía*, que forma parte de las mismas publicaciones? Por eso se erigió el título del artículo de referencia en título del presente volumen entero.

Tal era Eugenio Ímaz. Su muerte ha sido una equivocación del destino. Su obra, trunca, sigue, sin embargo, dotada de la fertilidad y la eficacia de su charla y de su persona. Su imagen perdura en el corazón de sus amigos. 



Mariano Picón-Salas, 1901-1966

Memoria de Eugenio Ímaz*

Releo los libros de Eugenio Ímaz a pocas semanas de su anticipada muerte. Aunque ya entraba en la otoñal madurez de la cincuentena, había tal ímpetu, madrugador en su pensamiento, tan juvenil desenfado ante las formas convencionales y solemnes; tanta vitalidad de “pelotari” que después de lanzar la pelota apura y sostiene con la mano hecha arco, el porrón de vino, que siempre nos prometíamos con él nuevos descubrimientos y suscitaciones. Sus tres libros más orgánicos *Topía y Utopía*, *Asedio a Dilthey* y *El pensamiento histórico de Dilthey*, son apenas el programa de una vasta explotación cuyos hitos de ruta iba planeando en sus diálogos y, presumo, que en muchos apuntes de profesor. Eran de cierto modo —y valga la vizcaína evocación de San Ignacio— “ejercicios espirituales” con el sentido ascético más que puramente contemplativo, que tiene la palabra ignaciana. Y lo mismo que el santo hizo con la religión, también Ímaz sentía la filosofía como aguerrida milicia. De ahí cierta buscada rudeza de su prosa para no caer jamás en el melindre o el relamido deleite de tantos narcisos intelectuales. Una labor sosegada que comenzara a cumplir en España antes de la guerra civil, si se desbarató con la inmigración, le permitió, en cambio vivir y beber hasta las heces semejante filosofía. Como en otros intelectuales hispanos probados por la catástrofe, la guerra civil fue su Cueva de Manresa. Allí estaban los demonios, la furia, el dolor físico y moral, los “páramos” e infiernos del alma de que hablan los escritores místicos. Y el antropologismo radical y muy español de que ya se marcaban sus juveniles ensayos, no hizo sino agudizarse cuando al pasar el Océano era como el otro Andrenio de Gracián; el Robinson español que debería rehacer toda su experiencia y confrontarla con las de otras gentes, mundos y trabajos. De ahí que este profesor no se contentara con enseñar lo aprendido; lo que pudo traer de Europa en los apuntes de clase para el trágico año de 1936, sino de una larga residencia en México, de otras

más fugaces en Estados Unidos y Venezuela, le preocupó entender en nuevos términos de historia universal lo que América significó para el hombre europeo. Rehacer muchos conceptos manidos de historia escrita en Europa que mencionan la sorpresa de Herodoto pero omiten la mayor sorpresa de Bernal Díaz del Castillo o de los misioneros y evangelizadores, al tropezarse con culturas, religiones y gentes que sobrepasaban a cuanto soñó la fábula. En una crítica historicista y testimonial de las más diversas pruebas, situaciones y actitudes del hombre —de que fue ejemplo un pequeño y sustancioso ensayo escrito en Venezuela sobre el Padre Gumilla y sus indios orinoquenses— pensaba detenerse cuando cumpliera la tarea ingente de verter y comentar en español las claves del nuevo pensamiento antropológico. Filosofía e historia que a veces fueron potencias enemigas debían compenetrarse para esta visión más cabal e integradora de la conciencia humana. Por eso tradujo la obra completa de Dilthey: reveló las últimas conquistas de la “Gestalt psychology”; buscó la huella de América y de los países lejanos en las grandes utopías del Renacimiento; comentó a Vico, a Dewey, a Croce y a Unamuno. Y es una singular siembra la que esas traducciones y prólogos de Ímaz están dejando en la conciencia hispanoamericana. La tarea filosófica e histórica cumplida por él en las ediciones del “Fondo de Cultura Económica” (que ya es “Cultura Ecuménica”) ha venido a completar la que iniciara hace treinta años la *Revista de Occidente*, con la diferencia de que la empresa mexicana no se ha detenido sólo en los libros germánicos y en las “ideas del siglo xx”, rabiosamente a la moda, sino segó, también, en otras lenguas y países y nos obligó a “redescubrir” o “reparar” obras clásicas o injustamente olvidadas.

En un discurso *in partibus* que debió pronunciar en un coloquio de intelectuales españoles en el destierro y que abre las páginas, de su *Topía y Utopía* escribió Ímaz: “Vengo a decir la verdad que llevo dentro; la que nuestra guerra me metió en las entrañas. Ya veis; un intelectual que lleva la verdad en las entrañas y no en la cabeza, y una verdad que le metieron; no que él se haya fabricado. ¿Puede haber

* *Recopilación de artículos y notas sobre la muerte de Eugenio Ímaz*, México, Editado por I. L. S. A., 1951, pp. 7-11.



Queda para los historiadores del pensamiento definir cuántas claves y raíces nos deja en sus libros, este desvelado suscitador. Frente a otra filosofía muy ornamental, domesticada, y a la moda, la suya –de estirpe unamunesca–, probaba la suerte viril de las ideas padecidas; las que se “metieron en las entrañas”. Este profesor vasco formado en Alemania, traductor y glosador de Dilthey, de Dewey, de Collingwood, de algunos de los libros y sistemas más fecundos que corren por el subsuelo de nuestra edad, llevaba en la sangre esa desazón perenne del alma hispánica empenada en configurar al hombre antes que explicarse las cosas. “Ustedes podrán ser objetos; yo soy un sujeto” repetía obstinadamente don Miguel de Unamuno. Más

algo más absurdo con pretensiones de intelectual?” Y más adelante en el mismo ensayo: “El intelectual que se pone en medio, no es intelectual, ni hombre, es el pajarito de la máquina neumática que hinca el pico por falta de aire. No hay subterfugio que valga porque no hay aire. No hay un ‘si me hubieran hecho caso a mí’, ‘si hubieran ido a la escuela’, ‘si no hubieran sido tan desastrados demagogos’, etc. Porque tanto valdría cuando estalla un volcán, echarle la culpa a la fábrica de luz.”

Recordé con su vital ritmo desmañado, con el vigor vasco del que se rompe las manos para que caiga y retumbe bien el último pelotazo, esas palabras candentes de Ímaz cuando supe la noticia de su muerte. ¿Y no se ejemplariza en él como en tantas víctimas y protagonistas de nuestros días de diáspora la tragedia de esa verdad entrañable que escamotean o silencian el coro de culpables o el coro de fariseos? Porque si aun existe libertad para escribir una filosofía que se supone hermética; entretenimiento de gentes chifladas que hablan en difícil, cada día se obturan más los caminos para que el pensador haga la prueba socrática de vivir y ser fiel a su verdad. Contra el hombre libre ahora como nunca se yerguen dos tipos de humanidad disminuida y ofuscada: el rebaño que hay que alimentar cada día con su ración de mentiras o semiverdades trocadas en lemas y “consignas”, y los pastores coléricos que no tolerarían ninguna voz disonante. ¡Cuidado con cantar en otra dirección de donde los falsos superhombres, blandiendo el zurriago, quieren conducir la tropilla de ovejas porque éstas se alborotarían y llenarían de balidos o de bramidos el inmenso horizonte! Hasta el Estado quiere ser un corral, y la verdad del filósofo tropieza a cada paso con cercas y empalizadas. En tiempos así –pensaba nuestro amigo– el deber del intelectual es aceptar la cicuta o adelantarse a beberla, de propio impulso. Son épocas en que aquellos a quienes estragó la mentira, conjuran a la muerte para que los libere de una vez.

que al orden matemático que antes se atribuía al cosmos o al determinismo biológico de los positivistas, esta filosofía buscaba al hombre como cifra primordial de lo cósmico y no entendía el mundo sino desde el desgarrado hondón de la persona. Pensamiento eruptivo que si a veces pareció marginarse de los grandes debates europeos por el dominio y conocimiento de la naturaleza, brota con su fuego volcánico, con su desesperada reivindicación antropológica y divina –ya que concebir a Dios significa pedirle más a los hombres– cuando la causa de la conciencia entra en confusión y peligro. Filosofía a veces de grandes desterrados –como León Hebreo, como Vives que sacudidos por el huracán de toda discordia tenían que realizar en sí mismos la hazaña de reintegrar el espíritu. Filosofía de Don Quijote, gran desterrado de la pequeña vida real, que busca en el desierto castellano, en la extrema tensión vital de su delirio, el alma y la justicia absoluta. Y cuando Ímaz estudia a Vico; al Kant desengañado de la “armonía preestablecida” de los racionalistas; cuando explica el historicismo diltheyano, ya sabemos lo que muy españolamente necesita buscar. Es el combate antropológico por vencer la contingencia natural, por sufrir y padecer como ser histórico. De aquel concepto de Vico –tantas veces glosado por Ímaz– de que el hombre sólo comprende lo que él mismo crea, surge la Ética activista de atreverse con el mundo, para que éste también se convierta en instrumento humano.

En las páginas de tan fresca levadura polémica que dejó Eugenio Ímaz y en su no menos significativo trabajo de comentarista y traductor, queda el testimonio de un espíritu viril y sumamente despierto, que golpeó con puño firme sobre toda rutina y farisaica conformidad. Falta un contertulio entusiasta de ciertos coloquios mexicanos de los días sábados, cuando la mejor tormenta –la tormenta benéfica de las ideas– estallaba desde su taza de café. ☞

¿Eugenio Ímaz, petición y rendición de cuentas?*

• Fue movido Eugenio Ímaz por alguna fuerza oculta a despedirse de la vida frente a España y en el lugar por donde España se prolongó durante siglos hasta México? ¿No sentiría más fuerte que nunca, en ese momento, la querencia de la patria, o le urgiría el deseo de embarcar hacia ella cuerpo y alma para verterlos en el río de su historia, en los impulsivos y revueltos raudales que le arrasaron mientras vivió?

Nada extraño sería; pues los que como él han sido carne y espíritu vivos de España, criaturas y creadores de ella, han de tender naturalmente a derramarse en aquel río, no sólo para confundirse con lo que es su substancia, sino para descargar en él la conciencia, rindiendo cuentas, y cargar la de los demás, pidiéndolas.

Fácil le será rendir cuentas a Eugenio Ímaz.

En primer término, porque Ímaz fue llano, recto, cumplidor y desprendido; en suma, espejo de virtudes que, por lo raras en el mundo, lo trasmataban en personaje irreal, de una tierra utópica en que reinase la ingenuidad. Jamás hubo en nada de lo que hacía cálculo, reserva, afectación o malicia: se entregaba a cualquier goce intelectual o estético y placer humano con pasión y deleite puros y espontáneos, y en el trato con los demás nunca tuvo en cuenta la regla de la reciprocidad o la norma de la prestación equivalente, dio a manos llenas sin parar mientes en lo que recibía. Por eso tuvo tantos

amigos entrañables. ¿Quién se acercaba a él sin sentirse ganado inmediatamente por su sencillo fervor y su desbordada generosidad? Los que quisieran buscarle algún pero, sacarían seguramente a relucir el acaloramiento y cierta rudeza con que se manifestaba, defectos que en él eran más bien acentuación de cualidades, exaltación y llaneza excesivas, hijas venturosas de su raza, del brío hercúleo y de la sencillez primitiva de los vascos.

En segundo término, porque Ímaz fue pensador de fuste y operario intelectual casi sin par. El operario deja un inmenso caudal de claras y pulcras tradiciones, principalmente de obras filosóficas. Bastaría la certera traslación al español de los escritos completos —ocho grandes volúmenes— de Dilthey, filósofo al que conocía y comprendía quizá como nadie, para mostrar la altura a que rayó en este género de actividad. Del alcance que su obra como traductor —mejor sería llamarle alumbrador— pueda tener en la historia de la filosofía española e hispanoamericana, da ya idea el hecho de constituir hoy sus versiones castellanas de pensadores europeos la mayor parte del pasto espiritual diario de los estudiantes y estudiosos de filosofía tanto en España como en América.

El pensador, por desgracia, no pudo desplegar tanto. Pero los no escasos frutos que dio, invistenle del derecho a ocupar preeminente sitio entre los filósofos contemporáneos de habla española. Y conviene que hablemos aquí claro, alguien tenía que hacerlo, acerca de la muralla de incomprensión que en México se ha levantado en torno a la obra filosófica de Eugenio

* *Recopilación de artículos y notas sobre la muerte de Eugenio Ímaz*, México, Editado por I. L. S. A., 1951, pp. 17-22.

Ímaz. Se le conocía, y admiraba, como traductor, más casi se le ignoraba como filósofo. Hemos leído en estos últimos años varios artículos sobre el desarrollo actual de la filosofía en México y en ninguno le hemos visto citado entre los españoles desterrados que han aportado algo a ella, y eso a pesar de haber salido ya de su pluma libros tan estimables como *Topía y Utopía*, *Asedio a Dilthey* y *El pensamiento de Dilthey: Evolución y sistema*, e infinidad de enjundiosos artículos y prólogos. Contrasta esto con lo que ha ocurrido en otros países de Hispanoamérica, donde la elevada categoría que se le otorgaba como filósofo quedó patentizada por diversos requerimientos a la colaboración en cursos y conferencias. La explicación de aquella actitud es sencilla, según tenemos entendido. Aunque altamente valorada, la obra del pensador Eugenio Ímaz no ha sido considerada en México como verdadera filosofía, por darse sólo este carácter a la rigurosa y sistemática. Si así fuere, se trata de un sensible error, con tufo a injusticia, que convendría deshacer. Pues la filosofía vertebrada o disciplinada, que se ha tomado a sí misma demasiado en serio, es sólo una parte de la filosofía, junto a la cual hay otra desordenada, e incluso caótica, que, a veces –depende de quien la produzca–, es más valiosa que la otra, porque ilumina más, a pesar de su desorden o caos, o quizá por él, que la excesivamente concertada, que tanto cautiva a los imberbes, empezando por uno mismo cuando lo era. Por este motivo, muchos, no ayunos de conocimientos filosóficos, prefieren un Unamuno a un Ortega y Gasset. Claro es que, además de la susodicha, hay otra causa de tal preferencia: cuadra mejor a la mentalidad española la manera de pensar propia del primero; por consiguiente, una inclinación de casta o dirección de veta. Pues bien, en cuanto filósofo, Eugenio Ímaz brota de la misma cepa que Unamuno. Como éste, vasco ganado por Castilla, es retorcido sarmiento de pura cepa castellana. Lo cual, aparte de una manera especial de pensar, lleva anejas estas peculiaridades, a nuestro entender cualidades, que tan notorias son en Ímaz: misticismo –en el sentimiento–, realismo –en el enfoque–, humanismo –en el objeto, pues se enrosca en el hombre–, llaneza –en el pensar y en el decir– y espontaneidad –en el brotar de ideas y conceptos. Peculiaridades muy contrapuestas a las de la filosofía germanizante española, que, como su modelo, es racionalista, metafísica, sistemática, esotérica, rebuscada y, en general, pedante.

Si a Ímaz le será leve rendir cuentas, muchos apuros habrán de pasar, en cambio, aquellos a quienes se las pida –los impulsores y encauzadores del río susodicho. ¿Pues, no es la vida de nuestro amigo, atrocemente desgarrada, expresiva y puntual relación de las cuentas que exija?

Nació Ímaz en el año que inició nuestro siglo, cuando aun la conciencia despierta de España –la llamada generación del 98– rumiaba con desesperación el ignominioso desenlace de la guerra contra los Estados Unidos. Era un momento de enorme depresión nacional, que justifica y explica el negro pesimismo de aquella generación. Por entonces se acuñó una frase de circunstancias que hizo fortuna: “estaba apagándose el pulso de España”; frase que parecía concebida por quienes, molestándoles que latiera el pulso del país, que tuviera animación y aliento su gente, no han hecho otra cosa que ahogar la vida y extirpar las inquietudes. ¡Estaba apagándose el pulso de España, y en ella surgían Ímaz y otros muchos –la generación del 31–, cuyos pulsos repicaban vigorosa y sostenidamente como campanas tocadas a rebato!

¡Triste sino el de estos hombres que quisieron transmitir su pulso fuerte y espoleante a España, precisamente el reclamado a principios de siglo para que la nación pudiera sobrevivir: estar en permanente crisis interna y en constante colisión con la familia, los amigos, la universidad, el Estado!

Por crisis internas empezó su vida de adolescente Eugenio Ímaz. Cuando apenas empezaba a asomarse al mundo y a cobrar conciencia algo segura de las cosas, vino la crisis religiosa. Y las acendradas creencias que en el seno de la familia adquirió se desplomaron pronto, con mortal angustia de quien, el desprenderse de ellas, perdía su único asidero espiritual. De lo que se le infundió en la niñez, renunciaba Ímaz a lo que de razón e historia –revelación– había en la fe, pero no a lo que había de sentimiento, a la íntima y profunda piedad, de la que tan impregnada está su existencia. Abandonó la religión, pero conservó la religiosidad. Fenómeno éste muy común en España desde mediados del siglo XIX, inspirador sin duda de las siguientes palabras, pronunciadas por Fernando de los Ríos, en las Cortes constituyentes de la República: “Nosotros somos los verdaderos erasmistas”. Así ocurría, en efecto, los hombres auténticamente religiosos de



Veracruz, ca. 1890

España no eran los miembros de la iglesia establecida, sino aquellos que, como quería Erasmo, y como fueron los Giner, los Unamuno, los Ímaz..., entendían la religión como alta misión humana realizada con sacrificio, como entrega mística a la redención del hombre.

Después vendría la crisis patriótica, al conocer mejor la historia de su pueblo y al contemplar las bochornosas imágenes que ininterrumpidamente desfilaban por la pantalla nacional: los desastres de Marruecos, la corrupción de la intendencia, la ineptitud y cobardía de los políticos, la majeza e irresponsabilidad del rey, los atentados y coacciones de las juntas militares, etc. La impresión que estos cuadros, probablemente finales, de la crucifixión de España que aun continúa, produciría en él, le decidiría a entrar en la grey de intelectuales que batallaba para infundir un nuevo espíritu al país. En este periodo de brega, combatió, junto a los estudiantes, a la dictadura, y fundó, con otros compañeros de ideas, una revista de transfondo cristiano, *Cruz y Raya*, enderezada a renovar el pensamiento religioso patrio. Estuvo siempre en primera fila hasta el momento del triunfo. Al cosecharse el deseado fruto, prefirió Ímaz volver a su

lugar, el estudio, para dar rienda suelta a su vocación, la filosofía. Poco tiempo estaría engranado en el lugar que eligió. Las esperanzas puestas en el nuevo régimen se vendrían pronto abajo: los excesos del partidismo y del regionalismo permitirían a los desahuciados por él volver a la carga, reiterando la aleve conducta de sus predecesores en el siglo XIX. Ímaz, lo mismo que otros muchos extraños al juego, pudo decir como dijo Heine a los revolucionarios alemanes: no intervengo en lo que hacéis, pero tengo que pagar caras vuestras culpas. A pesar de ello, e igual que Heine, tomaría el único camino que honestamente cabía seguir: Compartió con los comilitones de ayer los sinsabores y angustias de la hora amarga.

Lanzado de la patria, tuvo que renunciar casi completamente a aquello que le era más caro, sumergirse en la filosofía. No habiendo sido comprendidos debidamente sus méritos, se vio obligado a ganarse la vida como operario intelectual. De los liquidadores de la España desterrada recibió no pocos agravios. Por lo general, se acordaron de él cuando lo necesitaron, y le volvieron la espalda cuando los necesitó; sin que, por otra parte, dieran señales de saber, a su muerte, lo que España perdía. ❧

Eugenio Ímaz: Asedio al conocimiento

Cultura, como la mayoría de las palabras, tiene diversos significados; por ejemplo, el diccionario de la Real Academia Española, le asigna cuatro, uno de ellos muy al cuento de lo que quiero tratar: “Conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico”. Desde luego, al ser una definición lexicográfica, deja mucho a la imaginación, pues, ¿cuál será ese conjunto de conocimientos y cuál el juicio crítico? ¿Cómo podemos llegar a ser cultos respecto del conocimiento en general? En los textos que siguen en este volumen, Eugenio Ímaz, el “opa”, se enfrenta con estos problemas y, si bien no los vuelve su materia de estudio, brinda una breve exposición de ellos. Así, en la *Introducción a la psicología*, nos encontramos con el viejo problema de qué es ciencia, disciplina y técnica.

Pero, se preguntará el lector, ¿qué tiene que ver la cultura con las ciencias y no ciencias, las técnicas y las disciplinas? Pues me parece que mucho, ya que, justamente, habría que llamar culta respecto del conocimiento a la persona capaz de discernir estos tipos de discursos.

¿Cómo es posible que los estudiosos se pregunten si la sociología puede tener la exactitud de la física o qué tanto de ciencia tienen la medicina o la política? Me parece que es por cierta incultura, la de aquel conjunto de conocimientos que permite juzgar críticamente sobre ello. Por ejemplo, en la actualidad, para tratar de resolver estos problemas, se dividen las cien-

cias por sus objetos: si son factuales o formales, naturales, sociales o teóricos. ¿Pero formal es un género de conocimientos como el cuerpo humano? Desde luego, cada ciencia y cada técnica tienen claro su objeto: ningún médico se pregunta si cura un suceso en un cuerpo humano factual o formal, ni el aritmético si trata con números o plantas; el problema es el tipo de conocimiento que se tiene en cada caso, aunque dependa de su objeto.

Entonces, en ese saco de conocimientos generales, habría que meter a lo necesario, lo imposible, lo posible y lo aceptable; en otras palabras, lo que siempre es, lo que nunca, así como lo que puede ser o no ser y la opinión, la cual es lo que debería cultivarse.

Ahora bien y tomando el primer principio, lo necesario tiene diversos significados y si no se separan surgen muchas dificultades. Así, por un lado, lo necesario es lo que no puede ser de otro modo o que es imposible que no sea; en estos sentidos se utiliza en las ciencias demostrativas; en lógica, si todo B es A y todo C es B, necesariamente, todo C es A, y es que no puede ser de otro modo, pues si algún C no es A entonces no todo B sería A y se supuso que sí era. Un ejemplo sencillo sería que si todo animal es un ser vivo y todo humano es animal, necesariamente, todo humano es un ser vivo, pues si alguno no lo es, entonces no todo ser humano sería animal y se supuso que todos lo somos; o bien, si toda comunidad política tiende a un fin y el Estado es una comunidad política, necesariamente...

Tales razonamientos, muy abundantes en las matemáticas y otras ciencias y artes, no lo son tanto en los conocimientos naturales ni sociales, pero los hay y

*Sociólogo. Profesor eventual de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM; traductor para el Fondo de Cultura Económica, la UNAM, la UAM, el IFE y otras instituciones.



Eugenio Ímaz entre amigos, México

constituyen partes de sus principios, pues si sabemos que todo Estado tiende a un fin, eso orientará, tanto nuestros conocimientos generales (cuáles son esos fines), como los de caso. Por lo cual, no es aceptable reclamarles, en todo, a la ciencia política ni a las ciencias naturales, por ejemplo, un rigor semejante; sería, guardadas las proporciones, como si se exigiera a la poesía escribirse en silogismos. Estas últimas ciencias, humanas y naturales, forman sus discursos más bien a partir de otro sentido de lo necesario, el de sin lo cual algo no es posible que sea. Por ejemplo, que para que el animal viva es necesario que se nutra, o para que se dé un Estado se necesitan población y territorio, sin ello, ninguno existiría; y este sentido de lo necesario, como se ve, proviene de la existencia de la finalidad, el para qué. Así, corren innumerables conocimientos a partir de conocer el fin: en unos casos, el médico explicará el pulmón por su función y que, envistas a tal fin, se compone de tales partes, porque bien sabe que el pulmón existe para poder respirar y no el respirar para que exista el órgano. Por decirlo llanamente, en política, los que la practican no dan paso sin huarche, actúan de acuerdo con ciertos fines. En cambio, sería curioso pedirle a las matemáticas que explicaran a partir del fin y lo necesario entendido de la manera recién dicha: “el número cinco es para que exista el seis, pues éste no puede ser sin aquél, y se compone de una infinidad de partes”.

Diferencias semejantes se aprecian en los discursos que se construyen respecto de lo posible: para el ma-

temático es posible dividir la línea en un infinito de puntos; para el médico es posible sanar al enfermo y para el político constituir un Estado. Para el primero no es verdadero que la línea a veces pueda dividirse en n puntos y a veces no: siempre es posible y nunca se da, pues es imposible dividir cualquier magnitud en todos sus puntos si estos son infinitos; en cambio, para los otros dos casos sí es verdad, pues en ocasiones puede uno sanar y otro constituir y en otras ocasiones no: no siempre será posible y a veces se dará.

Para no alargar de más estos comentarios sobre el contenido del “saco”, ya que su estudio requiere otro espacio, sólo mencionaré que, como lo imposible que sea se entiende como no es posible sea o es necesario que no sea, volvemos a caer en casos muy parecidos a los dos anteriores.

En fin, lo que he querido documentar es que podría haber una cultura general que nos haga despedir estas confusiones acerca de cómo se forman los discursos de las ciencias y qué es conocimiento por demostración o comprobación, necesario o posible; siempre, en general o accidental. Desde luego, porque abordan sujetos diferentes, las formas del razonamiento de las ciencias son distintas y si bien los sujetos de estudio son infinitos, las formas del conocimiento no lo son; por lo que esta cultura no es de los saberes particulares, sino, por decirlo así, acerca de todos ellos. Por eso, me parece que el caldo de cultivo es materia de la filosofía; en efecto, ella es la ciencia más general. ☞

VOICES of Mexico



Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.

Suscripción anual

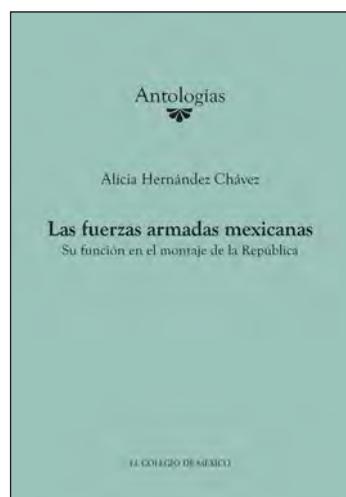
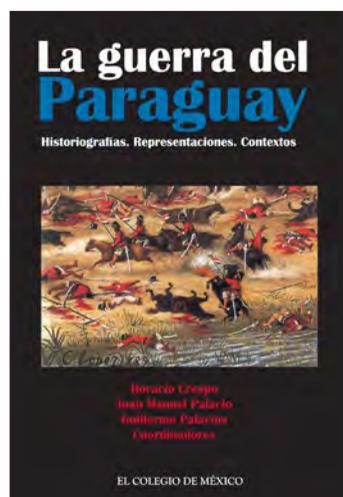
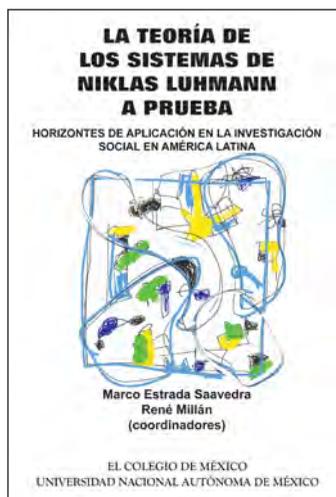
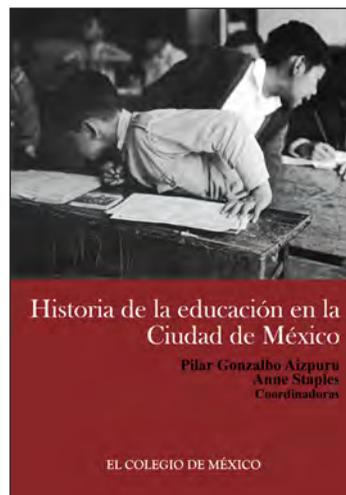
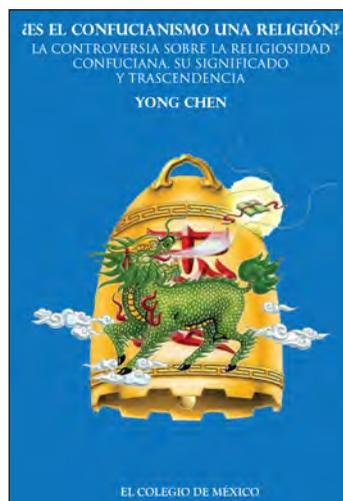
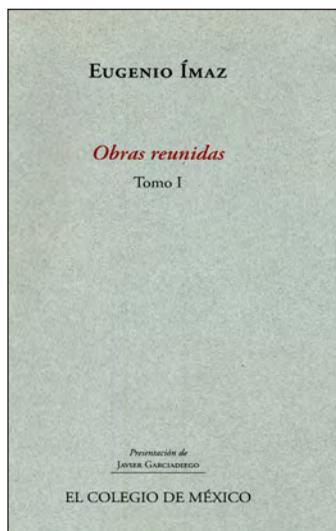
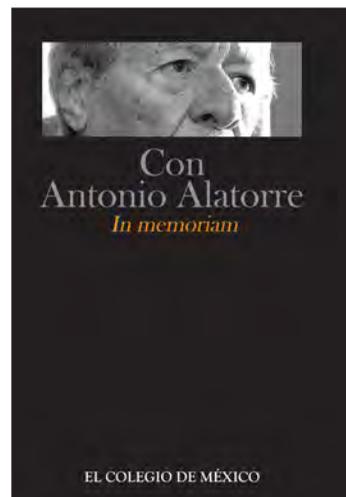
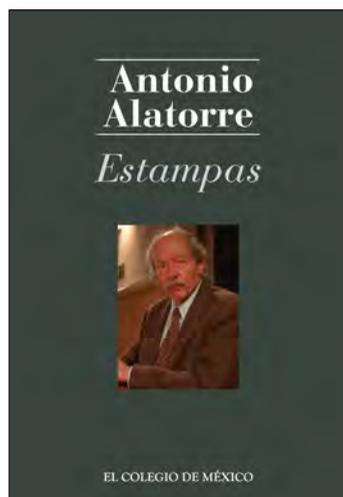
\$140.00 M.N Tres números/un año

Informes y suscripciones:

Torre II de Humanidades, piso 9
Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.
Tel. 5623 0246, exts. 42301 y 42299

voicesmx@servidor.unam.mx

NOVEDADES



El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx